

BIBLIOTECA DE AUTORES CHILENOS—VOL. XII

BOSQUEJO HISTÓRICO

DE LOS

PARTIDOS POLITICOS CHILENOS

POR

ALBERTO EDWARDS

GUILLERMO MIRANDA

EDITOR

SANTIAGO, AHUMADA 51

1903



Guillermo Miranda

BIB 188695

La Providencia ha querido que los pueblos, como los hombres, hallen mas tarde o mas temprano dentro de si mismo, en su esperiencia i en su conciencia los elementos de su rejeneracion. Así es como de entre aquellos bandos lisiados de pasiones, que tanto habian abusado de las mismas debilidades de la administracion i contribuido a la ajitacion, debia salir un partido confuso, heterojéneo al principio i sin mas lazo de union que su comun propósito de desquiciar al Gobierno; pero que, andando el tiempo, debia depurarse i convertirse bajo la influencia de sus hombres eminentes en un poder homojéneo, disciplinado, activo que cambiaran por completo la faz de los negocios públicos i de la sociedad misma.

(R. Sotomayor Valdes. Historia de Chile bajo el Gobierno del Jeneral D. Joaquin Prieto, II, 27).

I

Existe entre nosotros un mal que la opinion pública llama acaso equivocadamente la desorganizacion de los partidos, pero que, hablando con exactitud, deberia llevar otro nombre. Las agrupaciones políticas que se disputan el gobierno de nuestro pais tienen al menos exteriormente una organizacion en cierto modo completa, i, con escepcion del partido liberal de centro, todas reconocen una direccion comun i se sujetan a cierta disciplina; los conservadores, los radicales, los demócratas, los nacionales, los doctrinarios i los balmacedistas constituyen agrupaciones mas o menos poderosas i coherentes en que pueden distinguirse los jefes i los soldados con toda la disciplina que es posible esperar de las opiniones i los intereses humanos.

Esto no quiere decir que no exista el mal de que la opinion se lamenta, sino que para conocerlo bien es preciso caracterizarlo mejor. Lo que nos hace falta no son tanto los partidos organizados como los partidos poderosos, para la formacion de los cuales seria necesario, o la definitiva disolucion de los que ahora existen, o la fusion de varios de ellos en dos o tres grandes agrupaciones. Este último resul-

tado es el que han perseguido por diferentes caminos los hombres mejor intencionados del país, i los tropiezos i dificultades prácticas que han malogrado tan patriótico empeño tienen una naturaleza compleja i especial de que es necesario darse exacta cuenta, antes de acometer nuevamente la tarea.

Casi es superfluo decir en nuestro tiempo que los partidos políticos no se forman según el deseo i las aspiraciones de uno o algunos pensadores, con sujeción a un programa más o menos artificioso, forjado por los estudios i los conocimientos de los filósofos políticos o de los jefes de campamento. Son por el contrario agrupaciones espontáneas, hijas de los acontecimientos, del tiempo, de las necesidades nacionales, de las vicisitudes políticas i del movimiento de las ideas. Encuadrar en un momento dado aquellos elementos complejos en un plan sencillo i concebido de antemano, en el cual se haga caso omiso de los intereses, de las tradiciones, de la historia misma, es una empresa superior a las fuerzas humanas, i no es necesario ser profeta para augurar un mal resultado a los que la emprendan.

Si se pregunta, por ejemplo, a la gran mayoría de nuestros conciudadanos cual sería para ellos el *plan* de partidos más apropiado para dar fuerza i cohesión a los gobiernos i a las mayorías, contestarán, sin duda alguna, que son el conservador i el liberal, a los cuales no pocos agregarán el radicalismo como avanzada del segundo de estos dos grandes partidos.

Aquí cesa el acuerdo, pues mientras los unos consideran el liberalismo i el radicalismo como un solo grupo opuesto al conservador, los otros creen que este último partido i el radical son las dos verdade-

ras tendencias antagónicas, i el liberalismo el centro o fiel de la balanza, encargado de moderar a los unos i a los otros, inclinándose de la parte que las circunstancias i el interes nacional le dicten.

A primera vista se comprende que estas nociones, tan sencillas i razonables en teoria, están sujetas en la práctica a un inevitable fracaso. Para que ellas pudieran tener verdadera aplicacion seria necesario el concurso de un conjunto de circunstancias que desgraciadamente no se realizan entre nosotros.

Nada es mas fácil que acordar las palabras i las fórmulas; nada mas difícil que manejar los hombres i los intereses reales. El secreto de la mayor parte de los fracasos está en el olvido de esta lei fundamental; las palabras sonoras i vacias ocupan facilmente, para el vulgo, el lugar de los hechos; se cree ver un partido donde no hai sino un nombre, un conjunto de intereses humanos en lo que es una fórmula caduca.

Se quiere que el liberalismo sea uno de los dos grandes partidos del futuro, i en verdad es mui lógico que así sea; pero, antes de llevar a la práctica este pensamiento es indispensable saber lo que debemos entender por liberalismo, cuales son los acontecimientos que lo justifican, cuales los problemas nacionales a que su existencia está vinculada, cuales los intereses presentes i efectivos que une i que recuerda, cuales son las causas de su division actual i cual es el lazo poderoso que nos ofrece para poner freno a las ambiciones individuales de sus miembros en obsequio de los intereses i de los ideales comunes.

Porque si esos intereses i esos ideales no son suficientemente poderosos, si, por el contrario, las cau-

sas de división i perturbación son mas fuertes que ellos, nos equivocariamos si pensaramos que los hombres van a sacrificar sus necesidades i sus aspiraciones efectivas, ante la majía de una vana fórmula o de un recuerdo querido.

Se ve pues como la simple enunciación de estas dificultades complica notablemente el problema. En las palabras el asunto parecia ser sencillo, pero habiamos olvidado investigar los hechos que se ocultan detras de esas palabras. Esta es la verdadera cuestión i no la otra.

Si queremos pues conocer a fondo la verdadera causa del mal que se deplora, será necesario salir de estas vagas jeneralidades que no sirven sino para perturbar los mejores criterios, i profundizar en el estudio de la naturaleza misma de las agrupaciones que entre nosotros se dan el nombre de partidos.

En esta investigación de poco nos serviría la lectura de los programas que exhiben como banderas, pues, como todos hemos podido observar, la mayoría de los ciudadanos, aun en la clase ilustrada, ni los conoce ni les atribuye la menor importancia. El carácter, las tendencias, el espíritu de las agrupaciones políticas, tienen vida mucho mas real i espontánea que esas afirmaciones dogmáticas incomprensibles para el vulgo. Los conservadores, por ejemplo, serán siempre para sus adversarios los ultramontanos, los representantes de los intereses del clero, cualquiera que sea el programa con que se presenten ante la opinión, i, aun entre ellos mismos, tal es la noción que los une i que constituye su fuerza. Los radicales a su vez están organizados por una tendencia diametralmente opuesta; nadie se ocupa de estu-

diar el programa que tienen, pero todq el mundo sabe perfectamente lo que son.

No se encontrará en consecuencia descaminado, que en el estudio que voi a emprender, me desatienda en todo o parte de dichos programas, porque ellos no son los partidos i porque hace ya mucho tiempo que no se aplican sino cuando las circunstancias accidentales ponen casualmente de acuerdo los intereses de los partidos con su profesion de fé. La opinion pública vive demasiado lejos de las combinaciones casi siempre exóticas a que se entregan esos fabricantes de banderas políticas, que en lugar de resolver los problemas nacionales de cada dia, inventan otros nuevos para mayor claridad. La conciencia, las aspiraciones nacionales pueden estudiarse sin recurrir a semejante medio.

Por mi parte si he acometido la tarea de allegar algunos materiales al conocimiento de nuestra verdadera situacion política lo hago sin propósito alguno preconcebido; quisiera, aunque ello no es posible, limitarme a la simple enunciacion de hechos que no pudieran ser por nadie negados, dejando al lector deducir las consecuencias. Tengo convicciones arraigadas i bien definidas, pero quisiera olvidar que las tengo.

II

Los elementos políticos de Chile en la época de la Independencia

Conocidas son las circunstancias en que tuvo lugar la revolucion de 1810, orijinada mas por los

trastornos que sufrió la España a principios del siglo XIX, que por el desarrollo de las ideas i los progresos de la civilizacion.

Chile se encontró separado del poder político de los reyes de España cuando por su constitucion social no habia dejado de ser todavia lo que fué durante la colonia: una aristocracia respetable i unida por la nacionalidad i el parentesco, pero inesperta en el manejo de los negocios públicos de que se habia visto sistemáticamente alejada i un pueblo del todo incapaz de comprender i practicar los derechos i deberes de los ciudadanos de un pais libre tal era en su conjunto, el aspecto que presentaba la sociedad chilena en la época de la Independencia.

Preciso es reconocer, sin embargo, que ya entonces existian en Chile elementos capaces de formar una sociedad organizada. Efectivamente, la civilizacion española por incompleta que pueda parecernos, llevaba en sí el jérmen de todo lo que constituye un pueblo regularmente constituido: propiedad, familia, leyes de union, sentimientos de órden i tradiciones de gobierno. Además, por sus condiciones jeográficas, Chile tenia una cabeza política i social, esto es Santiago, donde se encontraban reconcentradas todas las fuerzas vivas de la nacion, pudiendo decirse que entonces era el pais a su capital lo que los campos de una hacienda son a sus casas de administracion. Es imposible desconocer el inmenso valor de esta feliz circunstancia cuando se trata de organizar un pais nuevo, que se vé de improviso en la precision de sacar de sí mismo sus elementos de gobierno; basta considerar lo que las rivalidades provinciales han perturbado la constitucion de la América Latina para penetrarse de esta verdad.

En Chile mismo teniamos en el Sur otro centro que pudo pretender rivalizar con la capital i fué Concepcion, único pueblo de Chile que, fuera de Santiago, era ya entonces algo mas que una aldea. Las guerras de Arauco habian formado allí una sociedad semi-aristocrática, semi-militar, mas o ménos independiente de la influencia santiaguina, que tenia para sostener sus pretenciones el apoyo del ejército que la defensa de las fronteras hacia indispensable mantener en el territorio de esa provincia.

Pero en todo caso, el único elemento de gobierno capaz de dominar i de imponerse al pais, era la aristocracia de la capital, que no solo formaba la parte mas culta e ilustrada de la poblacion, sino que por sus riquezas i sus vastas propiedades territoriales, estendia su influencia hasta los mas remotos rincones del reino. Carecia, como ya hemos dicho, esta aristocracia de preparacion política, porque los reyes de España cuidaron siempre de gobernarnos por medio de autoridades venidas de la península; pero, por otra parte, no era difícil que personas que tenian intereses que defender i que estaban acostumbradas por lo ménos a la jestion de sus negocios individuales llegaran pronto a adquirir la preparacion i esperiencia que les faltaba.

Sin embargo, como la independencia se consumió entre el fragor de las batallas, era natural que, sobre aquellos elementos sociales que aun no habian adquirido organizacion política, fueran los militares triunfadores quienes dominaran primeramente no solo por la fuerza de las armas sino tambien en virtud del prestigio que siempre acompaña a la gloria i a la fortuna.

Así fué como don Bernardo O'Higgins jefe militar

de las campañas de la independencia fué nombrado en 1817 Director Supremo con poderes ilimitados, i ejerció el gobierno del país durante seis años hasta 1823. Durante todo ese tiempo el único fundamento del poder era la voluntad del Director, i las instituciones con que fué dotada la República consagraban legalmente el réjimen autocrático i militar. La opinion pública no tenia medios eficaces para ejercitar influencia alguna sobre el gobierno, que estaba entregado esclusivamente al mismo O'Higgins i al círculo de sus inmediatas afecciones.

Este réjimen orijinó serias resistencias. Por una parte la aristocracia santiaguina que se creía con derecho para tomar la direccion política del país, no se vió suficientemente considerada por el Director, que escijió una parte de sus hombres de gobierno entre sus paisanos de Chillan, algunos de los cuales como Rodriguez Aldea, habian sido decididos adversarios de la independencia. Esta circunstancia que alejaba del poder a una parte influyente e ilustrada de la sociedad, le privaba de un apoyo sin el cual nada duradero podia establecerse.

Ademas la persecucion sistemática ejercida por O'Higgins contra los partidarios de los ilustres i desgraciados Carrera, hizo de cada uno de ellos, otros tantos enemigos irreconciliables de la administracion.

A pesar de esto no es dudoso que O'Higgins hubiera logrado cimentar por algun tiempo mas su dominacion, si las torpezas de sus ministros i la dureza militar de su propio carácter, no le hubieran enajenado la voluntad de muchos de sus parciales que, habiendo compartido con él las fatigas i las glorias

de la guerra, no podian soportar que el jeneral adoptara el lenguaje i las actitudes de un César.

A principios de 1823 una reunion de las personas mas distinguidas de la capital se pronunció contra el gobierno del Director en circunstancias que don Ramon Freire jeneral del ejército del Sur se hallaba en armas en contra del réjimen imperante. O'Higgins, viéndose abandonado de la opinion i de una buena parte del ejército, renunció con patriótica cordura a un poder que no tenia probabilidades serias de conservar por mucho tiempo.

III

Era de los Pipiolos

El derrocamiento de O'Higgins marca el punto inicial de la organizacion de los partidos chilenos.

Por de pronto, el poder, caido de las manos de una dictadura militar, tenia que ser el juguete de facciones anárquicas i transitorias, ya que como hemos dicho las fuerzas politicas del pais no se encontraban aun disciplinadas. La aristocracia santiaguina, autora principal de la revolucion que acababa de consumarse, queria un réjimen constitucional i representativo en oposicion al réjimen militar que habia soportado con dificultad durante seis años, pero en realidad, pocos tenian todavia una idea clara i precisa del carácter que debia tener la nueva constitucion.

Ademas el ejército, mas poderoso ciertamente que aquellos agricultores i letrados desunidos e inespertos, pretendia siempre tomar sobre si las respon-

sabilidades del mando. Los jefes militares particularmente don Ramon Freire hacian prevalecer su voluntad sobre las decisiones contradictorias, tímidas e indecisas de facciones desorganizadas que no estaban en el caso de oponer a tales pretensiones una seria resistencia.

La constitucion definitiva de un orden de cosas regular se presentaba con los caracteres de un problema irresoluble. El ejército por su naturaleza misma no era capaz de proporcionar al pais un gobierno serio, estable e ilustrado, ni ménos de concebir una organizacion definitiva i adaptada a la índole i necesidades del pais; el elemento civil por su parte carecia de conductores capaces i enérgicos, de agrupaciones con propósitos definidos, esto es, de todos aquellos elementos necesarios para la fundacion de un orden político cualquiera. La República tenia pues que luchar en el caos, entre los propósitos contradictorios i mal definidos de algunos teóricos i las voluntades decisivas pero mal encaminadas de la fuerza militar.

En el hecho no hubo antes de 1830 un partido civil i un partido militar en lucha abierta el uno contra el otro, sino que por el contrario ambos elementos estaban confundidos en aquel confuso i abigarrado torbellino de hombres i de partidos. Los militares cedian con gusto a los togados el cargo de lejislar i de dictar constituciones, reservándose naturalmente el derecho de atropellarlas por la fuerza cuando les viniera en voluntad. Solo el amable i liberal (?) don Ramon Freire disolvió mas congresos que años estuvo en el poder.

En los tiempos que inmediatamente se siguieron al derrocamiento de O'Higgins, dominó el espíritu

que pudiéramos llamar conservador, si es posible dar un nombre a las informes nociones constitucionales de los legisladores, de aquella época. Nada de lo que entonces se estableció fué algo mas que un ensayo. Así, la carta de 1823, obra exclusiva del idealista Egaña, era un conjunto de disposiciones incoherentes en que el espíritu clásico i la filosofía del siglo XVIII pugnaban en vano por producir algo armónico i adecuado a las necesidades del país. Aquella obra académica profundamente teórica i de una aplicación imposible ni siquiera se llevó seriamente a la práctica.

La mayoría de los hombres dirigentes, se convencieron luego de la ineficacia de la Constitución de Egaña, i el mismo Director de la República, que lo era don Ramon Freire, suspendió su ejercicio cuando solo habian trascurrido algunos meses desde su promulgación.

Comienza entonces una larga série de trastornos políticos en los cuales seria difícil encontrar cierta lógica, pero que orijinaron por su misma gravedad, acontecimientos importantísimos para el porvenir del

Los hombres que habian derribado a O'Higgins se denominaron *liberales*, palabra importada de la República Argentina por el carrerino don Manuel José Gandarillas, pero aquel partido que en realidad comprendia a casi toda la República i a muchos de los que fundaron mas tarde el partido conservador, carecia en absoluto de cohesión i de ideas, pues no tenia otro propósito comun que el deseo de fundar instituciones regulares en contraposición al régimen militar de O'Higgins. En un principio pues «*liberal*» era opuesto a «*o'higginista*».

Cuando se decretó la suspension de la Constitucion de Egaña i el jeneral Freire asumió el Gobierno absoluto, comenzó la oposicion de los *pelucones*, esto es, de los miembros mas poderosos e influyentes de la sociedad santiaguina, enemigos naturales de toda dominacion militar que les arrebatara su influencia. Como muchos de ellos habian formado parte del llamado Senado Conservador en 1823, se les apellidó tambien «*conservadores*».

Los continuos atropellos de la fuerza militar, la impotencia de los Gobiernos i de los ciudadanos para hacer respetar las leyes i fundar algo sobre aquel terreno perpétuamente convulsionado, hizo nacer en algunos pensadores la idea de constituir a Chile en una República Federal, creyendo que acercando asi a los gobernantes i a los gobernados, renacerian la obediencia i el sentimiento del orden.

Este plan, por utópico i descabellado que hoi pudiera parecernos, en un pais cuyos elementos de cultura se hallaban concentrados en una sola ciudad, tuvo sin embargo aceptacion en la opinion pública que, cansada de trastornos, queria ensayarlo todo para encontrar un remedio a tantos males. Así en el Congreso de 1826 los *federales* llegaron a tener mayoría i empezaron a plantear su sistema en la República.

Como era de esperarlo esta quimera fracasó por completo i la anarquía con su séquito de desmoralizacion, de atraso i de miseria seguia dominando al pais, mas convulsionado que nunca.

✓ Un nuevo partido, el de los *estanqueros* nació de aquel confuso caos. Un jóven comerciante, don Diego Portales, celebró con el Gobierno de Freire un contrato que entregaba la administracion del estanco

de tabacos a la casa Cea, Portales i Ca. de que era jefe. El estado de anarquía i corrupcion en que se encontraba la República, la absoluta impotencia de los gobiernos, las dificultades con que una empresa de este jénero debia tropezar en un pais en que se habia perdido la nocion del órden i de la obediencia, contribuyeron al fracaso de la combinacion.

Este desgraciado negocio tuvo grandes consecuencias politicas. Don Diego Portales habia tenido ocasion de ver de cerca los males del Estado, el desconcierto i la inmoralidad de la administracion, la falta total de miras, de propósitos i de enerjía en los gobiernos vacilantes i efimeros que se sucedian como fantasmas de teatro sobre el escenario de la República. De aquí la formacion de un nuevo partido, compuesto de Portales i sus amigos personales; grupo pequeño pero lleno de intelijencia i audacia, i sin mas propósito que la reorganizacion del pais sobre bases mas solidas. Tal fué el partido de los *estanqueros*.

Después del fracaso del federalismo, el partido *liberal* quedaba reducido a un núcleo ménos numeroso, pero mucho mas unido i coherente que en su orijen; eliminados los conservadores o pelucones, los federales i los estanqueros, el resto del partido, conservaba bastantes fuerzas para tomar la direccion del pais. Entre los principios conservadores o autoritarios que distinguian a los pelucones, i la independencia provincial soñada por los federalistas, los liberales o *pipiolos* intentaron una transaccion. Tal fué el orijen de la carta de 1828 que por tantos años fué la enseña de combate del liberalismo.

Pero este código estaba hecho para un pais mucho mas adelantado que el nuestro, donde, antes que todo,

era necesario fortalecer el poder haciéndolo capaz de restablecer la obediencia i el buen orden, i de resistir el empuje de los intereses i ambiciones individuales que causaban el desconcierto. Así la Constitución de 1828, al paso que debilitaba en extremo el poder del Presidente de la República, confería a las provincias una autonomía que no eran capaces de ejercer regularmente, dificultando la acción gubernativa desde el centro hasta las estremidades del Estado.

La Constitución de 1828 tenía pues que ser un nuevo fracaso en esta serie de infructuosos ensayos. El mal tenía raíces mucho mas hondas i no era posible curarlo con leyes i constituciones. Hasta entonces o'higginistas, conservadores de 1823, federales i liberales habian sido únicamente teóricos bien intencionados que creían firmemente que organizando a la República según los principios que respectivamente profesaban quedarian curados los males que padecía el país; como si las incontenencias de los pueblos, las ambiciones de los hombres i la fuerza de las bayonetas debieran anonadarse ante algunas palabras escritas en una tira de papel.

En realidad el problema era de otra naturaleza. Es cierto que el país necesitaba constituirse políticamente en una forma u otra i que mientras esta organización no se llevara a cabo no terminarian el desorden i la inquietud, pero lo que ante todo era necesario conocer eran las fuerzas sociales con que podia contarse, i los elementos perturbadores que debían neutralizarse o destruirse. La ley solo podia dar forma a la organización de esas fuerzas i a la destrucción de esos elementos.

La alta sociedad santiaguina encerraba por en-

tónces en su seno todos o casi todos los elementos de gobierno con que podía contar el país: fortuna, ilustración, respetabilidad e influencia; el resto de la población se hallaba sumerjida en la más completa ignorancia i las provincias eran poco más que feudos agrícolas de Santiago. Pero esa oligarquía no había adquirido la conciencia de su fuerza ni la responsabilidad de sus deberes, i sus miembros divididos por miserables cuestiones de predominio personal, o entregados en manos de eruditos e ideólogos incapaces de todo conocimiento de las cosas reales, ni podían comprender la naturaleza del mal que padecía la República ni el remedio que convenia administrar.

Pero además de las mezquinas ambiciones de los unos i del ciego doctrinarismo de los otros, había que contar entre los más serios obstáculos para el establecimiento de un gobierno regular con la actitud de los militares, que habiendo hecho la independencia, se creían autorizados para usar de la fuerza pública como un medio de predominio político, puesto al servicio de las fracciones o de sus propios intereses.

Tales elementos de desconcierto tenían que producir necesariamente el caos, ante la indiferencia o el fraccionamiento de la única fuerza capaz de dominarla. Había que olvidar los ideales teóricos, las preocupaciones doctrinarias ante la gran obra de la salvación común. El país tenía una cabeza natural, honrada, poderosa e influyente. Había que despertarla de su sueño i entregarle el timón de la nave en peligro de zozobrar. Tal fué la obra de don Diego Portales.

IV

Revolucion de 1830.—Portales i los Pelucones

En 1829 el partido liberal o pipiolo colocado al cabo de largas viscisitudes en la posesion de un poder efímero i vacilante, se encontraba al frente de una oposicion heterojénea a la que en vano se buscaria propósito o ideales definidos. Pelucones, estanqueros, federales i o'higginistas, componian otros tantos grupos de descontentos, sin mas lazo de union que el deseo de escalar el poder. En tiempos de disolucion social los partidos no necesitan lójica cuando tratan de servir sus ambiciones, i así no es extraño ni nuevo el espectáculo de aquella union monstruosa de los pelucones que encontraban la Constitucion de 1828 sobrado federal, i de los federales que la hallaban demasiado conservadora, de los o'higginistas que querian restablecer el gobierno militar i de los estanqueros que contaban entre sus filas a los mas conspicuos de los carrerinos, victimas de ese gobierno.

No habia tampoco en el poder mayor unidad de propósitos, i el desconcierto de arriba igualaba al desconcierto de abajo. Todos querian mandar i nadie sabia obedecer, de manera que el espectáculo de la República hacia preveer su próxima i definitiva ruina. Escándalos, motines, golpes de fuerza, abusos de autoridad, debilidades incomprensibles, una docena de gobiernos en poco mas de seis años, el fisco escuálido, los empleados a sueldo de las facciones, la fuerza armada desobediente, los congresos o

EDWARDS, ALBERTO.—

Bosquejo histórico de los partidos políticos
chilenos.

Santiago, 1903. (115 págs.).
(Folleto, Vol. III. — E. R. M.).

In 8°.

rebeldes o atropellados por la fuerza, el crédito público arruinado, la desmoralización más espantosa en todos los ramos de la administración pública, i la sociedad sufriendo todas las tristes consecuencias de la anarquía i del caos, tal era el espectáculo que presentaba la República.

Entre tanto, dice un ilustre historiador nacional, los ideólogos de la política se contentaban con ver la República en las leyes, mientras al son de la dulce música de sus teorías, los partidos i el pueblo en jeneral se entregaban a las saturnales de la anarquía.

Una cuestión interpretativa de la Constitución, planteada en el Congreso de 1829 sobre la elección del Vice-Presidente de la República, sirvió de pretexto a la abigarrada coalición opositora para adoptar una actitud revolucionaria de que el gobierno se mostró incapaz de defenderse. Mientras los pelucones dirigidos por Portales se apoderaban del gobierno en Santiago, el jeneral don Joaquín Prieto a la cabeza del ejército del sur, se pronunciaba en Concepción contra el régimen liberal.

A estos acontecimientos se siguió una prolongada guerra civil en que los ardides i las traiciones de toda especie combatieron al lado de los ejércitos armados.

Triunfante en Lircay la coalición opositora (17 de Abril de 1830), los pelucones i sus aliados quedaron dueños del poder. Don Diego Portales, que en las horas de mayor peligro había tomado sobre sí las responsabilidades de la situación, creyó llegada la hora de aplicar al remedio de las desgracias públicas un sistema totalmente opuesto al seguido hasta entonces.

Ajeno a toda clase de especulaciones teóricas,

hombre de jénio natural pero sin preparacion literaria, poseia mas que otro alguno de sus contemporáneos aquel raro privilejio que consiste en ver claramente las cosas i los hombres al traves de los vanos oropeles de las palabras i de las teorías.

Por una intuicion maravillosa comprendió acaso sin darse el mismo exacta cuenta, cual era la necesidad suprema de la situacion, esto es dar al gobierno fundamento social, ligarlo con los intereses de la sociedad, a quien defendia i que a su vez debía defenderlo, agrupar las fuerzas sociales en torno de un poder vigoroso capaz de dirigir los propósitos contradictorios i de refrenar las ambiciones impacientes.

No era posible, en tales circunstancias, profesar exclusivismos de escuela o de doctrina a los cuales aquel hombre extraordinario era por otra parte completamente ajeno. En un pais anarquizado en que hai que sacar de la nada una organizacion, no es posible desechar elemento alguno útil a la obra comun por razones de ortodoxia política o filosófica. La gran escuela de gobierno de don Diego Portales consistia en buscar los lazos de cohesion que podian unir a los buenos, olvidando las doctrinas mas o ménos ideolójicas que podian separarlos. Solo a este precio se rejeneran los pueblos, pues no es posible desechar elemento alguno para el bien porque hai de por medio doctrinas de tardía o secundaria aplicacion; todo debilitamiento de los buenos solo redundo en provecho de los malos que saben esplotar admirablemente como por desgracia lo hemos visto mas de una vez, los candorosos doctrinarismos de sus émulos.

Asi logró Portales formar un partido poderoso sin levantar estandartes, banderas ni programas; ejem-

plo que no debe ser echado en olvido. De una coaliccion híbrida, alimentada por pasiones heterojéneas i contradictorias hizo un todo admirable por su disciplina i por su unidad de propósitos. ¿Qué mejor programa puede ofrecerse a un hombre de estado que el de remediar las necesidades del momento? Sin ahondar en las producciones de los pensadores para buscar en ellas problemas que sirvan para alimentar el fuego sagrado de los odios políticos i de las preocupaciones de secta, hai en todo pais problemas que resolver i necesidades que llenar, i al ejercitar tan noble tarea, se gana mejor el reconocimiento de la posteridad que con la invencion o propagacion de doctrinas mas o menos científicas. No merecen el nombre de estadistas los que plantean los problemas sino los que resuelven los problemas planteados por la naturaleza de las cosas, por el curso de los acontecimientos i por las necesidades sociales. Obrar de otra manera es acometer la estéril tarea de acumular dificultades sobre dificultades, i, si se trata, por ejemplo, de reformar un pais anarquizado i corrompido es aumentar la carga en vez de aligerarla.

En cuanto a los programas los acontecimientos los dictan; ellos no pueden ser eternos porque las circunstancias varían, i así sucede que los partidos verdaderamente duraderos, como los de Inglaterra, no tienen programa escrito.

Parece una trivialidad decir que debe comenzarse siempre por el principio, verdad que por demasiado sencilla suele verse olvidada. Las necesidades de un pais deben llenarse conforme se presentan a las miradas de un estadista. En 1830 i acaso tambien en una época menos remota, la necesidad primera consistia en fortalecer el gobierno lo que no podia con-

seguirse con constituciones ni menos con doctrinas, sino agrupando a los buenos, a los responsables, a los que tenían intereses que defender i conciencia de sus responsabilidades, para que sirvieran de apoyo a ese gobierno que así se veria fuerte i capaz para resolver la situacion i para defender a los mismos intereses que le prestaban apoyo. Los sistemas no son necesarios para una obra así concebida i por el contrario no pueden servir sino para malograrla.

El partido que se formó de la revolucion de 1830 i que se llamó conservador o *pelucon*, se organizó bajo un criterio semejante, i mientras conservó su antigua forma no tuvo programa escrito.

Para poner fin al desconcierto político i administrativo era indispensable crear una autoridad fuerte, fundada no en la mera voluntad personal de un ciudadano mas o menos eminente o de un militar afortunado, sino en el apoyo de las clases dirigentes, únicas capaces de comprender i defender los intereses del país. Darle a esa sociedad culta i poderosa pero aun mal organizada una cabeza que la moderara i dirigiera tal fué el pensamiento que se impuso a los pelucones de 1830.

Así se forman espontaneamente i por el mismo curso de las cosas los partidos dignos de dominar a los hombres; ellos nacen de los acontecimientos, de los intereses reales, de las necesidades de los tiempos i no de las combinaciones metafísicas de algunos letrados; ellos no se fundan en los problemas que separan sino en los propósitos que unen.

Realizada la concentracion de los buenos elementos de gobierno en torno i bajo la proteccion de la mano poderosa de Portales, llegaba la hora de traducir en las instituciones el movimiento espontáneo

casi instintivo que habia operado la transformacion. La carta de 1833 buscó este resultado recibiendo así las inspiraciones de los acontecimientos i las lecciones de la esperiencia, en lugar de dirigir a los unos i anticiparse a los otros.

Era innegable i así lo demostraba el mas elemental estudio de las condiciones del pais, i la dolorosa esperiencia alcanzada, que no estábamos preparados entónces, ménos aun que ahora, para el amplio ejercicio de las instituciones democráticas. Imponíase pues una política restrictiva que anulara o modificara el espíritu del sistema republicano, reduciéndolo a los límites que las circunstancias requerian.

Ante todo el pais necesitaba una cabeza fuerte; la estéril debilidad de los gobiernos anteriores a 1830 ofrecian un marcado contraste con la fecunda energía del que se siguió a la revolueion de los pelucos. Por eso el primer pensamiento de los constituyentes fué el de fortalecer al ejecutivo otorgándole casi todos los poderes del estado i autorizándolo en ciertos casos para asumir el poder absoluto. A esta idea primordial se subordinó todo un sistema de instituciones tendentes a dar cohesion a ese gobierno i a vincularlo fuertemente con los demas poderes del Estado i con la sociedad. El largo período de su duracion que podia prolongarse por diez años, su intervencion en el poder legislativo, su accion casi omnipotente sobre la judicatura, sobre el gobierno provincial i municipal hacian del Presidente de la República el eje principal del sistema político, el Jefe Supremo de la Nacion para emplear las mismas palabras de nuestra carta fundamental.

Un senado de larga duracion (9 años), renovado por terceras partes era una garantía conveniente

contra los bruscos vaivenes de las facciones. La restriccion del sufragio a los que poseian cierta renta alejaba del manejo de los negocios públicos a los que no tenian bastante responsabilidad i preparacion para comprender las necesidades del pais. La iglesia i las instituciones eclesiásticas quedaban bajo la vijilancia del gobierno en virtud del patronato nacional.

Las leyes complementarias de la constitucion obedieron a un criterio análogo; la de réjimen interior i la de municipalidades, dictadas con un espíritu de escrupuloso centralismo, colocaba a las provincias i a las municipalidades bajo la mas severa dependencia del poder ejecutivo; se establecia el voto de lista que impide el fraccionamiento de los partidos i tiende a la formacion de mayorías fuertes i compactas; los empleados públicos tenian derecho a ser miembros del Congreso lo que colocaba a una parte del parlamento bajo la dependencia del Presidente de la República. En una palabra los pelucones establecieron de derecho el réjimen autoritario en el gobierno i la esperiencia probó que no se habian engañado.

Portales que fué estraño a la elaboracion de la Constitucion de 1833 fué sin embargo su verdadero autor; él habia suministrado el modelo del gobierno que los constituyentes tradujeron i trasladaron al papel; i las instituciones que inspiró sino con palabras i discursos, con hechos elocuentes i palpitantes, quedaron selladas con su sangre en las alturas del Baron el 6 de Junio de 1837.

V

Dominacion de los Pelucones

La Constitucion de 1833 habria sido una obra estéril e inutil como las que la habian precedido, si para darla cumplimiento i hacerla respetar no hubiera existido un partido poderoso i disciplinado que, compuesto de todo lo que el pais encerraba de mas responsable i de mas culto, profesó durante largos años a nuestro código fundamental una veneracion i un respeto, que hoy ha llegado a ser tradicional. Aquel partido cuyo único fin fué la organizacion definitiva del pais i el término de la anarquía, llegó a adquirir entónces como fisonomía propia, su firme propósito de conservar las fuertes i vigorosas instituciones con que los constituyentes de 1833 habian dotado a la República. Tales fueron los viejos conservadores o pelucones, partido que es necesario no confundir con el que hoy lleva el mismo nombre.

Históricamente los pelucones no tenian representantes en nuestra vida pública anterior a 1830; los elementos heterojéneos que impulsaron la revolucion que terminó la era de los pipiols fueron fundiéndose i amalgamándose bajo la mano poderosa de Portales, i muchos de los mismos vencidos de Lircay no tardaron en plegarse a un gobierno que daba garantias de estabilidad i progreso.

Las cuestiones teológicas que tanta importancia han tenido mas tarde, no se encontraban entonces sobre el tapete de las discusiones. El partido conservador no tenia el aspecto religioso que tiene hoy el que ha heredado su nombre mas no su espíritu; mu-

chos de sus jefes, incluso el mismo Portales, distaban mucho de ser creyentes, i por el contrario entre sus enemigos no faltaba una parte del clero. Esto era completamente lójico; el gran problema nacional de entonces era la rejeneracion del pais i no era necesario preocuparse mucho sobre la actitud que debíamos adoptar en frente de la iglesia.

Los hombres públicos de entonces tuvieron el buen sentido de apartarse de estas cuestiones bizantinas, ordinariamente estériles i perturbadoras del criterio de la multitud que exaltan las pasiones de la ignorancia sin provecho para el pais. Desgraciadamente esto ya es historia antigua. (1)

Demasiado conocidos son los resultados de la dominacion de los pelucones, por todos cuantos han estudiado la historia de nuestro pais. (2) En diez años la propiedad habia cuadruplicado su valor; i el comercio, la industria i la agricultura tomaron un vuelo que excedia a las mas optimistas previsiones; las entradas públicas bastaron para la satisfaccion de todas las necesidades i para fomentar eficazmente nuestro progreso; el crédito de la República llegó a colocarse a la altura del de las naciones mas solventes de Europa; la honradez i la correccion administrativas llegaron a ser proverbiales; fué el tiempo en que se hablaba de la honradez chilena; los gobiernos se sentian fuertes i su sucesion regular i or-

(1) En 1850 de los cuatro Ministros que componian el gabinete conservador presidido por D. Antonio Varas, tres eran libre-pensadores i el cuarto no mui creyente; en cambio en los bancos de la oposicion liberal se sentaban dos clérigos (1).

(2) En apreciar este resultado están hoy de acuerdo los que se llaman liberales i los que se llaman conservadores. Para verdades el tiempo.

denada fué un ejemplo único en el continente.

Parecía que del sangriento campo de Lircai habia salido un pais nuevo, tal era el contraste que presentaba aquella república anarquizada i miserable que vivia entre los escándalos de los motines de cuartel, los vaivenes de las facciones, la inmoralidad o la indiferencia de los gobiernos i aquella nacion que para propios i estraños se presentaba como el modelo de la América Latina, cuya fama de correccion i buen gobierno llegó a ser una tradicion que desgraciadamente no se ha conservado.

Chile fué el primer pais de la América del Sur que tuvo caminos i ferrocarriles (1850), el primero que dió a la instruccion pública un vuelo que honra ciertamente a todas nuestras administraciones, aun en el dia. El arreglo i economía de sus finanzas era verdaderamente admirable; se ejecutaban prodijios con muy poco dinero, pues los encargados de vijilar el tesoro público lo hacian con mas celo que si se tratara de sus intereses privados; el desinteres i los servicios gratuitos eran un hecho corriente, en cambio las defraudaciones al fisco no se conocian ni siquiera de nombre (3).

(3) Como un dato edificante reproduzco el final de la memoria de Hacienda de don Manuel Renjifo en 1843: «Establecido el crédito de la Republica; aumentándose de año en año el rendimiento de sus rentas; contando con entradas superiores a la suma de los gastos públicos, i teniendo un sobrante atesorado de un millon ochocientos mil pesos sin traer a cuenta el capital de Estanco, solo nos queda la obligacion de tributar a la Divina Providencia el homenaje de nuestra sincera gratitud, por los dones que con mano liberal se ha dignado concedernos». Justo es advertir que esos dones liberales consistian en una entrada fiscal de tres millones cien mil pesos.

Gracias al vigor de las instituciones, los ministerios tenían una duración suficiente para que los que los desempeñaban tuvieran un plan fijo i bien concebido. Don Joaquín Tocornal i don Antonio Varas desempeñaron la cartera del Interior, siete años el primero i seis el segundo; un Gabinete de un año era un fracaso, un accidente desgraciado. En los treinta años que duró la dominación de los pelucones, hubo ménos ministerios que en algunos de nuestros gobiernos de cinco años (1).

Tres presidentes, don Joaquín Prieto, don Manuel Búlnes i don Manuel Montt, se sucedieron regularmente gobernando diez años cada uno, lo que no dejaba de contrastar bruscamente con la época anterior, en que los habitantes de Santiago se sorprendían en la mañana con un presidente nuevo proclamado en un cuartel i que en la noche estaba ya derrocado (2).

A medida que la dominación de los pelucones adquiría prestigio i se justificaba a los ojos del país, los vencidos de 1830, abandonados por la opinión, fueron desapareciendo paulatinamente de la escena política. Ya en 1841, cuando apenas habían trascurrido diez años desde su desastre, el escritor liberal don Victorino Lastarria los presenta como un grupo de aventureros políticos, sin más programa que una protesta ciega i desatentada contra todo lo establecido, que buscaban una reacción imposible en nombre de una época que todos recordaban con horror.

Los más conspicuos de sus hombres de gobierno

(1) (Hubo 12 ministerios.)

(2) Sucedió el caso con el Presidente Sánchez de que ni el recuerdo queda.

incluso los que habian ejercido la primera majistratura: Pinto, Blanco, Borgoño, fueron plegándose al nuevo orden de cosas; del antiguo partido liberal no quedó en pié de resistencia sino un grupo de conspiradores de cuartel, politiqueros de segundo orden i uno que otro candoroso doctrinario incapaz de comprender el verdadero progreso de los tiempos, i que vivian solo de las teorías de sus libros i de sus utopias; de este jénero fueron Vicuña, Infante i otros que nunca llegaron a constituir un partido sério i que solo pueden considerarse como los náufragos de un pasado sumerjido.

Pero si la dominacion pelucona no podia temer gran cosa de parte de sus vencidos émulos, el progreso de los tiempos, en su continua marcha iba a suscitarle enemigos mas poderosos.

VI

El nuevo partido liberal.—Don Manuel Montt

Los partidos omnipotentes raras veces conservan una unidad rigurosa. El partido pelucon solo escapó en parte a esta lei jeneral. Ya en 1835 un grupo de conservadores, entre los que se contaban don Diego José Benavente i don Manuel Renjifo, iniciaron un movimiento que sin programa determinado, parecia tender a una política ménos restrictiva i absolutista que la implantada por Portales (3). El nuevo partido

(3) El fin verdadero de esta agrupacion politica parece haber sido la eleccion del ilustre ciudadano don Manuel Renjifo como Presidente, en lugar de Prieto en 1836. Todos saben que Prieto fué reelejido aquel año.

se llamó *Philopolita*. Su accion no se estendió fuera de las intrigas de palacio, i la voluntad poderosa de Portales no tardó en anonadarlo por completo.

En 1841 las elecciones presidenciales produjeron un nuevo fraccionamiento dentro del partido conservador. Miéntas los *ultra-conservadores* herederos lejítimos del sistema de Portales i de los doctrinarios del absolutismo apoyaron la candidatura de don Joaquín Tocornal, el grueso del partido en union con algunos elementos pipiolos reconciliados con el nuevo órden de cosas, levantaron al poder a don Manuel Búlnes que representaba una política de conciliacion. Esta campaña no produjo un rompimiento total en el seno del peluconismo, que continuó todavía unido casi todo el período de gobierno que se inauguraba.

Entre tanto la ilustracion cundia en todas las clases de la sociedad a favor del órden i de la decidida proteccion que le dispensaba el gobierno. La creacion de la Universidad de Chile, la fundacion de periódicos literarios i de controversia filosófica, las enseñanzas de los emigrados arjentinos que venian huyendo de las persecuciones de Rozas, produjeron un despertar intelectual que se ha llamado el *renacimiento literario* de 1842.

Era la época en que los partidarios del réjimen constitucional i parlamentario libraban en Europa sus mas enérgicas campañas contra las formas tradicionales de la vieja monarquía. Los libros i periódicos que venian de Europa, estaban impregnados de este nuevo espíritu, i la juventud chilena que empezaba a ilustrarse i a tener gusto por la lectura no tardó en participar del universal entusiasmo por el réjimen de libertad, por la intervencion directa del pueblo en los negocios públicos, por el parlamenta-

rismo, la independencia de los poderes i las demas garantías que entónces se reclamaban en Europa.

La Constitucion chilena de 1833, aunque republicana, hàbia sido promulgada, como hemos visto, principalmente, con el objeto de robustecer la accion del gobierno, i, por lo tanto, contenia disposiciones que no se conformaban del todo con los principios que sobre el equilibrio de poderes venian del viejo mundo. Se pretendia pues su *reforma*.

Así fué orijinándose lentamente entre la juventud ilustrada el movimiento que despues se llamó *liberalismo*, el cual nada tenia de comun con el partido vencido en Lircái, pues, por el contrario, habia nacido dentro del nuevo órden de cosas, que consideraba hasta cierto punto lejítimo i hasta justificado por los acontecimientos (1).

Naturalmente las aspiraciones de esa juventud contenian principios en su mayoría utópicos que hoi no se atreveria a sostener ningun hombre público, pero que fueron hasta hace pocos años la enseña del partido liberal. Como en un principio se trataba de un simple movimiento académico, sin mas medios de accion que la propaganda pacífica, no tuvo por de pronto influencia en la marcha del gobierno ni en la organizacion de los partidos.

Para dar una cuenta mas exacta de las tendencias liberales en su primitiva pureza, reproducimos de un documento de la época las principales reformas reclamadas en 1850.

«No reformar la Constitucion porque siempre que-
» daria mala, sino hacer un nuevo Código con ten-

(1) Véase a este respecto a Lastarria, uno de los padres del partido liberal.



» dencias mui liberales. No hai sitio (1), no hai
» facultades extraordinarias, no hai reeleccion, no
» hai Senado, nombramiento de intendentes i gober-
» nadores a propuesta de sus respectivas municipa-
» lidades, el poder supremo judicial elegido por el
» pueblo i renovado cada cinco años, mui efectiva
» la responsabilidad de los Ministros del despacho
» (2), mucha facilidad para obtener el título de ciu-
» dadano chileno, mas jeneral el derecho de sufragio,
» ningun privilejio ni monopolio, casi absoluta liber-
» tad de imprenta, ningun fuero, mucha facilidad
» para la formacion de las leyes, el título de garan-
» tías mas estenso i preciso, gran ensanche al poder
» municipal, etc.»

Como se vé, basta la enunciacion de estas reformas para comprender que en un pueblo ignorante i atrasado no podian traer sino desórden i anarquía, como ahora lo hemos podido ver con las que desgraciadamente se han llevado a la práctica. Lo cierto es que los que hoi se llaman liberales no se atreverian a firmar el programa de los fundadores del partido, aleccionados como estamos por una experiencia dolorosa.

Como ya se ha dicho, estas i otras doctrinas semejantes no tuvieron en un principio el carácter de escuela política, i solo en el segundo período de la administracion Búlnes (1846-1851) se orijinó un movimiento tendente a hacerlas dominar en el gobierno de la República.

(1) Llámase así en nuestra Contitucion la facultad del Gobierno para suspender el ejercicio de la Constitucion en los casos de guerra exterior o revolucion interior.

(2) Lo que hoi se llama parlamentarismo.

Hasta 1846 el partido gobernante conservó su unidad aplastadora i un prestigio que hacia aparecer ilusoria toda tentativa de quebrantarlo. Fuerte con la victoria i con el apoyo de los hombres mas influyentes de la sociedad, tenia ademas en su favor la prosperidad pública que, con justicia, consideraba como fruto de su sistema de gobierno i de la austeridad i preparacion de sus estadistas. Por otra parte sus naturales enemigos, los pipiolos o liberales antiguos, habian concluido por desaparecer casi del todo i no podian ser objeto de sérias inquietudes.

Desde fines de la administracion Prieto comenzó a figurar en la escena política un jóven modesto, que sin tener consigo las ventajas que dan las riquezas, la posicion o el brillo de las espadas triunfadoras, i ajeno tambien a los halagos de una popularidad fácil, se habia conquistado, no obstante, un inmenso prestigio en el seno del partido conservador. Ese jóven, ilustre mas tarde en la historia de Chile, se llamaba don Manuel Montt.

Frio, severo, doctrinario, respetuoso de las formas legales i convencido e inquebrantable defensor del sistema autoritario creado por Portales i mantenido por la dominacion de los pelucones, el señor Montt habia llegado a ser en cierto modo la personificacion de ese réjimen de gobierno. Por otra parte, si estas cualidades podian enajenarle las simpatias del liberalismo naciente, tenia otras que le granjearon el apoyo de hombres para quienes el adelanto de la República debia esperarse mas de la paulatina ilustracion del pueblo, que de la aplicacion inmediata de sistemas especulativos para los cuales el pais no se hallaba preparado.

Pero la mayoria de los progresistas i liberales todo

lo esperaban de la reforma de la Constitucion i de las leyes, i de la ampliacion de las libertades politicas; error que debe atribuirse mas al tiempo que a los estravíos de los hombres. De consiguiente, Montt llegó a ser una amenaza i un peligro para el liberalismo, que no podia esperar que aquella personalidad vigorosa de un doctrinarismo severo e inflexible, dejara de ser un obstáculo insuperable para el logro de sus aspiraciones.

El 18 de Setiembre de 1846, al inaugurarse el segundo período de la administracion Búlnes, fué nombrado Ministro del Interior don Manuel Camilo Vial, antiguo pelucon de tendencias moderadas i conciliadoras, que habia formado parte del grupo filopolita en 1835. Pronto se pudo ver en el nuevo Ministro el propósito de formarse un partido mas o ménos personal, destinado al parecer a contrarrestar dentro del bando dominante, la influencia creciente de Montt. Esto bastó para que la mayoria de la juventud letrada i liberal se le mostrara adicta, i, este contingente unido a muchos pelucones que por rivalidades de familia o intereses de círculo no simpatizaban con la escuela de Montt, llegó a hacer peligrar sériamente la causa de este hombre público.

Las elecciones parlamentarias de 1849 se hicieron bajo el dominio de estas tendencias, i, aunque el grueso del partido conservador, alarmado por la propaganda de los principios liberales que se hacia al amparo del Gobierno, organizó una vigorosa oposicion electoral, los partidarios del ministerio quedaron triunfantes por una mayoria que distaba mucho de ser halagadora en tiempos en que la influencia del gobierno era decisiva en las elecciones.

Pero esa mayoria no tenia propósitos fijos ni sig-

nificaba el triunfo de determinada escuela política. Así fué que cuando el Presidente retiró el poder de manos de Vial para devolverlo a los pelucones puros (Mayo de 1849), una gran parte de los sostenedores del ministerio caído fueron adhiriéndose paulatinamente al nuevo ministerio. Los que permanecieron fieles se organizaron en violenta oposicion parlamentaria i, fué en esta lucha, cuando los conservadores levantaron la candidatura Presidencial de Montt como enseña de combate i de victorias ante el peligro de las instituciones que habian cimentado.

Tal fue el orijen de lo que se ha llamado el nuevo partido liberal, creado con los elementos pelucones afectos a Vial, a los que fueron agregándose algunos restos dispersos del antiguo liberalismo.

Este partido se componia de tres clases de elementos, unidos por el comun deseo de derribar la supremacia de Montt, pero que no profesaban idénticos principios. Por una parte, para los amigos personales de Vial la cuestion no era de doctrinas sino de preponderancia. Desconfiaban de Montt i le temian, no porque fuese conservador pues ellos mismos tambien lo eran, sino porque pertenecia a otro círculo que el de sus inmediatas afecciones. Los mas jóvenes, a su turno, no hacian cuestion de personas sino de principios; suspiraban por el establecimiento de las libertades políticas ideadas en el viejo mundo, i si detestaban a Montt, era porque lo consideraban un enemigo declarado de semejantes innovaciones. Por último, para los pipiolos recalitrantes lo principal era vengar el desastre de 1830, i, todos los gobiernos que durante veinte años se habian jenerado de aquel acontecimiento, les parecian igualmente ilegales e ilejitimos.

Aun entre los hombres que estaban francamente del lado del peluconismo, había no pocos que hubieran deseado una candidatura menos pronunciada i vigorosa que la de Montt; deseaban un acuerdo con los elementos conservadores que estaban en oposicion, uniendo todos los círculos del peluconismo a nombre de alguna personalidad moderada i conciliadora salida del grupo dominante (1).

Aquella solucion que habria evitado el conflicto que luego se produjo, fracasó principalmente por las exajeraciones cada vez mayores de la oposicion, que obligaron a los conservadores a considerar a Montt como el único capaz de conjurar aquella tormenta de doctrinas utópicas que amenazaba a la sociedad.

En efecto, algunos agitadores habian llevado los nuevos principios, en forma imprudentemente abultada, hasta las clases inferiores de la sociedad que, como era natural, habian permanecido indiferentes a las cuestiones políticas desde los tiempos de la independencia. Se fundaron sociedades con el pretexto de ilustrar a las masas, pero que en realidad tenían por objeto prepararlas para la sedicion i los trastornos. Se predicaba constantemente el odio a los ricos i las máximas de una igualdad descabellada e imposible. Se presentaba a los pelucones como explotadores del pueblo, conculcadores de sus libertades e injustos atropelladores de sus derechos, i se incitaba al populacho a recobrarles i a hacer inclinar la balanza política con el peso de todas las pasiones que fomenta la ignorancia i la miseria.

(1) Los principales sostenedores de esta política fueron Don Manuel A. Tocornal i Don Antonio García Reyes.

Fácil es comprender cuán peligrosos se presentaban los principios liberales, en boca de una juventud inesperta endoctrinada por ideólogos i declamadores, ante un pueblo incapaz de discurrir lo verdadero i lo falso en las bombásticas arengas de sus improvisados tribunos. Las desigualdades sociales, fácilmente aparecen como el resultado injusto de las usurpaciones de aquellos que gozan sus ventajas. Nada mas sencillo que culpar al *gobierno* i a los ricos de los padecimientos de los pobres; la ignorancia acoje facilmente a las quimeras que alhagan sus pasiones, sobre todo en un país, en que por primera vez, el candor infantil del pueblo, oia el ya viejo i gastado idilio de la felicidad que para todos los oradores, de todas las oposiciones, debe necesariamente suceder a los sufrimientos i miserias del presente.

Otro elemento de perturbacion vino a agregar nuevos obstáculos a la combatida candidatura de don Manuel Montt. Hemos hablado al principio de este trabajo del espíritu provincial que existia en Concepcion, donde una aristocracia orgullosa pretendia rivalizar con la de Santiago creando un nuevo centro de accion para la República. Gobernaba aquella provincia en 1850 el jeneral don José Maria de la Cruz, veterano de la Independencia i pariente cercano del Presidente Búlnes. Ante la discusion que reinaba en la capital, los penquista creyeron llegada la hora de dar un nuevo Presidente a la República como lo hicieran con Freire en 1823, con Pinto en 1828, con Prieto en 1830 i con Búlnes en 1841. El ejército del Sur debia servir para este objeto si las urnas, por la intervencion del gobierno ó por otra causa, no daban el resultado apetecido.

Se proclamó pues en Concepcion la candidatura

de don José Maria de la Cruz, cuyas ideas netamente conservadoras, no estaban en manera alguna en contraposición con las que sostenían los partidarios de Montt. El jeneral candidato se guardó por otra parte de hacer declaraciones imprudentes en materia de principios, para que su pretensión no llegara a ser una amenaza para nadie. Contando con el apoyo de toda la provincia de su mando i del ejército de las fronteras, esperaba ganar para su causa, a los reformistas i liberales de la capital.

Esto fué precisamente lo que sucedió: los opositores de Santiago comprendían perfectamente que nada conseguirían por las vías legales, ya que en aquellos tiempos el gobierno era el árbitro del poder electoral del país, como lo fué hasta 1891. Aunque no se tenían sino razones para dudar del liberalismo del jeneral Cruz, el odio a Montt que había representado con tanta energía la política conservadora, era bastante fuerte para que desechando preocupaciones doctrinarias, el directorio liberal de Santiago proclamara la candidatura presidencial impuesta por el peluconismo militar de Concepción.

Personalizada así la lucha, la agitación lejos de calmarse siguió en aumento. A las reuniones subversivas siguieron los desórdenes i muy luego el motín.

En noviembre de 1850 estalló uno en la capital de Aconcagua que fué pronto reprimido, i algunos meses mas tarde en Abril de 1851 el coronel Urriola sublevó en Santiago un rejimiento. Aquella revolución que creía contar con el apoyo del populacho endoctrinado en los clubs revolucionarios murió no obstante ahogada en la indiferencia de la población i en la sangre de su propio jefe.

La contienda electoral se verificó así en condicio-

nes irregulares; la provincia de Concepcion votó íntegramente por Cruz, lo mismo que una parte de la de Coquimbo; el resto del país dió a don Manuel Montt una abrumadora mayoría. (Junio de 1851).

El candidato vencido no se conformó con el resultado de las urnas que estimó falseado por la presión de las autoridades, i en los precisos momentos en que se instalaba en la Moneda el nuevo Presidente, el ejército del Sur bajo las órdenes de Cruz se pronunciaba en armas contra el gobierno. Una larga i sangrienta guerra civil fué pues el resultado de aquellas estériles agitaciones. Al fin el jeneral Cruz, vencido en Loncomilla, capituló en Purapel, ante el ex-presidente don Manuel Búlnes jefe de las tropas de gobierno. Así terminó la revolucion.

Varias son las causas que dieron origen al fracaso de este primer esfuerzo de las doctrinas liberales; ellas se desprenden de los mismos hechos que acabamos de narrar brevemente, pero no podemos menos de hacer notar que el movimiento iniciado en 1849 estuvo entregado en parte a una juventud sin esperiencia cuyas peligrosas quimeras, unidas a su actitud revolucionaria, le enajenaron la simpatía de todos aquellos que tenían intereses que defender i que comprendían el valor inmenso que significa para un país la estabilidad del orden público i de las instituciones. El elemento militar que se introdujo mas tarde en la contienda no podía sino agravar los temores i hacer mas fundadas las prevenciones.

Gobierno de Montt.—Escision del partido conservador

Don Manuel Montt supo justificar como administrador público los sacrificios que costaba su candidatura. Continuó con brillo i enerjía la paciente i silenciosa tarea de las dos administraciones anteriores para consolidar las instituciones e impulsar en todo sentido el progreso intelectual i material del pais. Cumple a nosotros dejar constancia de estos meritorios i fecundos esfuerzos, concretándonos a la tarea que nos hemos impuesto de trazar un bosquejo de las evoluciones políticas de la República.

Las revoluciones fortalecen de ordinario a los gobiernos que las dominan, pero en 1851 concurren variadas circunstancias a producir un resultado diametralmente opuesto. El largo período de paz interior de que habia gozado Chile desde 1830 habia suavizado las costumbres políticas, haciendo mas humana i conciliadora la accion del gobierno i por lo mismo, mas moderadas e inofensivas a las oposiciones. La tradicion pelucona se habia transformado paulatinamente i al sistema de represion política sucedió durante el gobierno de Búlnes la simple centralizacion i autoritarismo administrativos que por su misma naturaleza, conservaba enérjico i poderoso al gobierno entre sus subordinados, sin herir ni mortificar las expansiones individuales de la gran mayoría de los ciudadanos.

Acostumbrados a ser estos rejidos sin que se les consultara, sintiéndose la mayoría salvaguardada bajo un poder fuerte, pero honorable i justo, las pa-

siones partidaristas habian llegado a perder gran parte de su imperio, cuando las circunstancias que ya hemos referido, formaron alrededor de don Manuel Montt el círculo de resistencias doctrinarias i de odios personales, que, auxiliados por los últimos restos de las rivalidades provincianas, provocaron la guerra civil.

Esos mismos odios, empapados en sangrientos recuerdos, venian a entrar ahora en el juego de la política, en los precisos momentos en que un hombre de hierro, de opiniones decisivas e inquebrantables, subia con su avasalladora personalidad, al elevado puesto que, el carácter suave i accesible del Presidente Búlnes, habia logrado colocar por encima de las tempestades de la opinion.

La tradicion autoritaria encarnada en don Manuel Montt, corria pues riesgo de quebrarse, ántes que contemporizar en lo menor con las exigencias de los tiempos. Con Cruz el antiguo peluconismo se habria acaso perpetuado en la forma conciliadora, moderada i progresiva que soñaba don Manuel Antonio Tocornal; con Montt no cabia sino dos sistemas: el de Portales con toda su pureza, o la definitiva disolucion del peluconismo.

Esta es la gloria i el escollo de todos los doctrinarios que poseen un gran corazón i un gran carácter que poner al servicio de su creencia.

Sin duda los elementos conservadores eran en Chile lo bastante fuertes para seguir dominando largo tiempo todavía; (1) pero para esto era necesario dos

(1) Don Manuel Montt creyó hasta su muerte que sin su reeleccion en 1856, el antiguo partido pelucon habria gobernado treinta años mas con todo su prestigio i haciendo grandes bienes al país.

circunstancias; la primera, una política sino de debilidad por lo ménos de olvido que fuera atrayendo al campo conservador los disidentes que habia apartado la lucha en parte personal de 1851; la segunda, que el Presidente de la República hubiera cuidado con atencion tan escrupulosa como la que prestó al buen Gobierno de su pais, el no desatender el eje principal de la política conservadora, esto es, el apoyo de las clases dirigentes rodeando al ejecutivo. La autocracia por sí sola i sin este apoyo, no puede ser sino un gobierno de accidente; una simple voluntad por poderosa que sea no puede pretender otra cosa.

Desgraciadamente una personalidad tan acentuada como la de Montt no podia resignarse a semejante interpretacion práctica de la carta de 1833. En su concepto, Loncomilla era un nuevo Lircai, i transijir con los vencidos le habria parecido lo mismo que autorizar la anarquía. Dentro de su propio partido, como todo hombre de opiniones decisivas buscaba el apoyo de los mas dóciles i no de los mas fuertes. Asi, durante su Gobierno sin conciliarse a ninguno de sus antiguos enemigos, acabó por minar su prestigio, por debilitar la adhesion que le profesaban los pelucones de Santiago, que se sentian con derecho para influir en los destinos del pais, i ser algo mas que simples instrumentos en manos de un gobierno personal. El enfriamiento de relaciones entre Montt i los círculos de la clase dirigente fué así acentuándose poco a poco, sin que esto proporcionara al gobierno mayores fuerzas en el liberalismo, a quien una actitud severa, habia llegado a convertir en irconciliable.

Difícil habria sido no obstante la ruptura con una aristocracia acostumbrada a ver durante tantos años

en el ejecutivo la éjida protectora del órden i el principal instrumento del progreso i de la tranquilidad. Pero el escaso acuerdo que existia entre el gobierno i su principal apoyo social, fué causa suficiente para que un incidente vulgar en sí mismo pero trascendental en sus consecuencias, disolviese repentinamente el antiguo partido conservador i trasformarse por largos años la fisonomía política de la República.

Hasta el año 1857, las pasiones relijiosas no habian perturbado felizmente todavia el criterio político, ni desempeñado un papel de importancia en el movimiento de los partidos. La unidad católica del país se mantenía casi inalterable, i, el libre pensamiento, si bien tenía ya algunos secuaces, no tendía a formar escuela política; preciso es añadir que tampoco la relijiosidad formaba partido. Los pocos que por una u otra parte intentaron servirse de las creencias o de la irreligion como instrumentos de poderío no encontraron eco, i mucho ménos pensó estadista alguno formar agrupaciones políticas en nombre de las opiniones relijiosas de la nación.

Sentábase en la silla metropolitana de Santiago, un prelado por muchos títulos ilustre, a quien cupo no obstante desempeñar en nuestra historia, la triste misión de introducir en el juego de los partidos, la cuestión relijiosa, que tan pocos bienes i tantas perturbaciones ha traído para la República. Dotado de grandes virtudes personales i de eminentes cualidades de gobierno el señor Valdivieso poseía una alma de hierro, una enerjía incontrastable, un carácter dominador, casi altanero, orgulloso de su poder moral, con la conciencia de que tenía en sus manos una arma formidable, en la influencia casi omnímota

que el espíritu religioso ejercía sobre las conciencias.

El poder de la Iglesia como el poder civil se hallaban pues personalizados en dos hombres apercibidos para la lucha, igualmente autoritarios i convencidos de su omnipotencia, entre quienes el menor incidente podia, en cualquier instante, encender una lucha implacable. I en efecto, las enérgicas sombras de Montt i de Valdivieso se pasean todavía, después de medio siglo, sobre la arena de nuestros partidos, entre los cuales dejaron huellas indelebles.

La constitucion de la República, las tradiciones del partido conservador, el asentimiento casi unánime de los chilenos i de una gran parte del mismo clero, habian respetado hasta entonces el sistema de patronato en las relaciones entre la Iglesia i el Estado. Estas regalías, que el gobierno de la República estimaba lejitimamente heredadas de los monarcas españoles, colocaban al clero bajo la tutela i soberania del gobierno civil. No entra en nuestro objeto discutir la lejitimidad i la conveniencia de esta doctrina, pero es necesario reconocer que antes de 1857 la tendencia ultramontana no contaba partidarios sino en una parte del clero i entre los redactores de «La Revista Católica». Si algun seglar hubiera sostenido la independecia absoluta de la Iglesia dentro del Estado, sus opiniones habrian sido consideradas anti-republicanas. El mismo señor Valdivieso habia reconocido el patronato al sentarse en la silla metropolitana de Santiago.

Sin embargo, el clero se sentia fuerte i aspiraba a la libertad, acaso tambien a la supremacia. Acercábase los tiempos de organizar bajo nuevas bases la lejislacion del país i era importante para el elemento eclesiástico que en la constitucion civil del Estado

su lugar fuera ventajoso. Los problemas que necesariamente habian de presentarse, la libertad de cultos, el patronato, el fuero eclesiástico, no podian escaparse a la previsora sagacidad del enérgico prelado que gobernaba la iglesia chilena, i buscando el buen éxito, en la lucha que veia venir, optó por el peor de los caminos, el de hacer pesar su poder religioso en las contiendas políticas coadyuvando a la formacion de un partido afecto a los intereses del clero; cuyo lamentable resultado seria quebrantar la fé i perturbar o destruir los partidos meramente civiles, en nombre de las cuestiones teológicas.

Las tendencias del prelado no tardaron en encontrar un pretexto para revelarse i hacerse públicas. Suscitóse un litijio de competencia entre el Arzobispo i el cabildo eclesiástico sobre la destitucion de un sacristan de la Catedral de Santiago (1856), perdida la causa de los canónigos ante los tribunales eclesiásticos, hicieran uso del recurso de fuerza, especie de apelacion a los tribunales civiles, reconocida por la lejislacion patronatista; el Arzobispo se negó a someterse a esta jurisdiccion, resistiéndose abiertamente contra la autoridad civil, cuyas decisiones creia no le alcanzaban; el gobierno consideró esta actitud subversiva, pues tendia a sustraer de la soberania nacional al clero, que se encontraba formado de ciudadanos i habitantes de la República.

Inmenso fué el escándalo producido por este conflicto en la católica poblacion de Chile. Con razon o sin ella, el señor Valdivieso era presentado como una víctima, como un perseguido, i el clero i la jente devota miraba ya a Montt como un sucesor de los emperadores romanos que martirizaban a los cristianos. Comparaciones tan exajeradas i grotescas como

esta no son de estrañar en el apasionamiento de aquella primera lucha religiosa entablada en este pais, libre hasta entonces de tan tristes perturbaciones.

Una buena parte de los pelucones, cuyo primer afecto por su jefe se habia entibiado notablemente por las causas que ya hemos señalado, tomó el partido del arzobispo i se separó del gobierno. Probablemente el celo religioso era en muchísimos de ellos un pretexto para la ruptura con un hombre del cual no se creían suficientemente considerados, pero el hecho es que el Presidente se encontró de pronto en lucha contra su propio partido, contra el clero i contra el partido liberal cuya oposicion en nada habia amenguado sus iras.

Tal fué el triste fin del antiguo partido conservador. Ahora nuevas pasiones van a entrar en lucha. Un accidente religioso con que no habia contado al constituirse, lo mataba en plena salud. Pero sea que se considere o nó como una fatalidad necesaria la introduccion de las cuestiones teolójicas en el organismo político chileno, era una necesidad deplorable como lo veremos mui luego.

VIII

El Monttvarismo i la Fusion

El conflicto de 1857 dejaba deslindados a los partidos bajo un aspecto enteramente nuevo. Los antiguos pelucones habian pasado a la historia, por la separacion de sus elementos clericales i sus elementos laicos. Los primeros, entónces los mas numerosos, sin duda alguna, formaron el nuevo partido

conservador cuya actitud clerical fué poco a poco acentuándose, a medida que perdía el antiguo criterio de Portales; los conservadores laicos a su vez formaron el partido nacional, apellidado *monttvartista* del nombre de sus dos principales jefes: don Manuel Montt, Presidente de la República, i don Antonio Varas, su ministro.

En cuanto a los conservadores, las pasiones i los intereses relijiosos los absorbieron desde el primer momento, hasta el punto de que la venerable tradicion de gobierno, que con tanta gloria i fortuna habian contribuido a cimentar, fué relegada a segundo término, i olvidada definitivamente en plazo no lejano, para adoptar por último tendencias enteramente opuestas en política.

Los conservadores al perder su antiguo i noble espíritu, se convirtieron en simples aliados del clero, el cual en su gran mayoría i siguiendo las inspiraciones de su arzobispo quedó enrolado en el nuevo partido. Esta circunstancia debia traer para los intereses relijiosos daños gravísimos, como lo comprendieron desde luego los espíritus previsores, i en los partidos una perturbacion que aun ahora parece incurable.

Vamos a permitirnos algunas observaciones sobre estos dos puntos importantísimos.

Indudablemente el clero, afiliado en masa o como corporacion dentro de una fraccion política, predicando desde los púlpitos que no hai salvacion para sus adversarios, interviniendo en las luchas agrias, personales i ardientes de los comicios electorales, no solo rebaja la dignidad de su santo ministerio, sino que quebranta a sus propias creencias suscitándoles enemigos, i reduciendo a la relijion a las mezquinas

proporciones de un programa político de lucha i de division, cuando debia ser por el contrario un dulce lazo de union entre todos los ciudadanos.

La fé ilustrada i convencida, no es tampoco, por desgracia, un privilejio que alcance a la mayoría de los hombres. Los mas deben su creencia mas que a estudios i reflexiones profundas, a las tradiciones de la sociedad en que viven i a las santas pero no siempre sólidas i duraderas enseñanzas de la niñez. No puede exigirse al pueblo, sobre todo, mucho mas que esto. Ahora bien, si la fé se lleva a los clubs electorales i a las luchas de la política, es natural suponer que junto a sus apóstoles se levanten otros apóstoles, a quienes los intereses de partido impulsen a destruir la obra con que se les combate. La relijion poco tiene que ganar i mucho que perder en semejante guerra.

Póngase delante de un hombre ignorante, a un sacerdote que le predica verdades austeras que no es capaz de alcanzar a comprender en toda su sublimidad, pero cuya grandeza siente; que habla un lenguaje severo i sentencioso, i cuyos hábitos i cuya vida forman contraste con la vida i las pasiones humanas, i, probablemente la obra evanjélica alcanzará sus frutos de morijeracion i salvacion. Pero si se suscita al lado de ese sacerdote, un hombre del siglo, que conoce el lenguaje de las pasiones, que maneja la sátira i el escarnio, que posee el arte demasiado fácil de convertir en ridículo lo sublime, entónces el catecúmeno correrá peligro, i, acaso se burle mui pronto de lo que un momento antes respetaba.

Esta clase de apóstoles les ha suscitado a millares la intervencion del clero en la política. El libre-pensamiento se hizo propagandista, demasiado eficaz

por desgracia, i, muchos viéndose heridos en sus afecciones i en sus intereses en nombre de la fé i por obra del clero, acabaron por romper con la una i con el otro. No impunemente se cambia un instrumento de caridad en un instrumento de guerra; la esperiencia nos lo ha mostrado i gracias a un error tan lamentable hoi es la irreligion una arma política tan fecunda como lo fué en otro tiempo la religion: a nadie ataco, me limito a recordar hechos.

Por eso un ilustre político contemporáneo decia no ha muchos años en nuestro Congreso que consideraba tan culpable poner a la religion en todas partes para defenderla, como ponerla en todas partes para atacarla. (1)

Si las cuestiones teológicas perjudican a las creencias, sus efectos no son ménos deplorables en el órden político. Los problemas que se relacionan con la religion, forman por su número una mui pequeña parte, de los que pueden suscitarse en la vida de un pueblo. Ahora bien, si los partidos se fundan en doctrinas, mas o ménos, exclusivamente teológicas, como ha sucedido en Chile en los últimos años, los grandes intereses nacionales corren peligro de ser olvidados en nombre de la desunion i las pasiones orijinadas por doctrinas de tardía i lejana aplicacion. Al examinar el actual caos de nuestros partidos tendremos ocasion de analizar este punto.

A la triste i lamentable trasformacion de una parte del gran partido conservador, en partido teológico, respondió la formacion del partido nacional con los elementos que habian permanecido adictos al Presidente Montt. No eran estos elementos por cierto bastantes

(1) Don Pedro Montt, Ministro del Interior. Año 1893.

poderosos para perpetuar durante largo tiempo su dominacion. Se componian de algunos pelucones ménos devotos o mas dóciles que los que tan bruscamente se habian separado, de los funcionarios administrativos, i de cierto número de hombres nuevos intelijentes, activos i laboriosos que Montt habia levantado e introducido en la política, como auxiliares de su fecunda obra administrativa.

En tales condiciones el partido monttvarista debia ser mas que una agrupacion de principios, una agrupacion personal, cuyo sentimiento dominante era su adhesion sin límites al Presidente de la República. Ademas de eso, i por de pronto continuó las tradiciones políticas i administrativas de los pelucones, siendo de notar que, como carecia de la fuerza que daba a los anteriores gobiernos el apoyo de una oligarquía influyente i poderosa, se vió obligado a estremar el sistema restrictivo para mantenerse en el poder. Es un hecho histórico que despues de 1857 el Gobierno de Montt no contaba ni con mucho con la adhesion de la mayoria del país.

En principios relijiosos los nacionales se encontraban divididos, pues contaban entre sus filas a católicos fervorosos i a libre-pensadores declarados; pero los accidentes de la lucha teológica entablada colocaba al partido bajo un aspecto que para las conciencias timoratas tenia poco de ortodoxo.

En cuanto a los liberales vencidos en Loncomilla, conocemos ya los principios de que habian hecho profesion de fé, principios que por otra parte no eran mui definidos en la mayoria de ellos. Como los asuntos teológicos no formaban aun parte de su programa, el liberalismo no se creyó en el caso de hacer cuestion doctrinaria del conflicto de la autoridad civil

con la eclesiástica, mientras que, por otra parte, su situación de enemigo irreconciliable del Gobierno, le inclinó a buscar la alianza del clero i a simpatizar con la causa del arzobispo.

Tal fué el orijen del famoso movimiento llamado la fusion: esto es el pacto de todos los opositores contra el enemigo comun. Los que combatieron a Montt desde antes de Loncomilla i sus adversarios nuevos tenian intereses análogos i no estaban separados por verdaderas cuestiones de doctrina. En efecto, como ya hemos tenido ocasion de ver, para la mayoría de los llamados liberales de 1849, en el gran duelo a que dió orijen la candidatura de Montt, mas que un verdadero antagonismo de opiniones, habia existido una guerra de predominio; enemigos encarnizados de su gobierno estaban en el caso de entenderse con la fraccion pelucona dicidente en 1857, cuyo autoritarismo estaba considerablemente relajado desde que de gobiernista se habia convertido ea opositora.

Firmóse pues la *fusion liberal-conservadora*, segun se dice en los salones del palacio arzobispal. Nos equivocariamos si viésemos en esta alianza algo parecido a las coaliciones i pactos del dia; los intereses i los propósitos de los opositores de 1849 eran idénticos a los de los opositores de 1856 i 1857; separábalos una cuestion de nombre i ambos solo querian derribar a Montt i poner en lugar de su gobierno, otro que, sin chocar con las formas antiguas consagradas en 1830, iniciara una política conciliadora. Así no es estraño que liberales i conservadores se confundieran en los años que siguieron, hasta el punto de que no era posible en la mayoría de los casos saber si un fusionista pertenecia a uno u otro

de los partidos fusionados sino acudiendo a la fecha de su antagonismo contra Montt. Los dos grupos pelucones separados en 1849 i 1857 formaban pues un solo partido.

No todos los liberales aceptaron la fusion. Habia muchos de ellos que sinceramente profesaban los principios de exaltado republicanismo, i de reforma constitucional adoptados por la juventud liberal en el segundo período de la administracion Búlnes. Repugnaba a estos hombres la alianza con los conservadores, en la cual solo veian un retraso para la aplicacion de los principios con que creian rejenerar a la República. Estos liberales que despues formaron lo que se llamó el radicalismo, sin poner obstáculos serios a la nueva combinacion política, la siguieron sin entusiasmo o se separaron con disgusto.

Deslindados así los campos de los partidos la oposicion contra el gobierno de Montt se vió bastante poderosa para abrir contra él una campaña de resistencia constitucional que debia convertirse mui luego en revolucion armada. El senado, en el cual dominaban los conservadores disidentes, negó al ministerio la lei que autoriza el cobro de las contribuciones; esto equivalia a poner al Presidente en el caso de salirse de las formas legales o de someterse a las exigencias de sus adversarios. Don Manuel Montt, a cuya incontrastable enerjia se aunaba un sincero i relijioso respeto por el órden contitucional de cuya veneracion habia hecho el objeto principal de su vida política, no desmintió en tan dificiles circunstancias las doctrinas que siempre habia profesado, adoptando una noble actitud que desgraciadamente no siempre encontró imitadores en el porvenir.

Presentó pues al Senado la renuncia del elevado puesto a que lo habia llevado el voto de sus conciudadanos, declarando que, viéndose en la imposibilidad de gobernar segun los principios de su vida entera, principios que en su concepto eran los únicos que podian hacer la felicidad del pais, se veia en el caso de retirarse dejando «a otros que asumieran ante Dios i la patria la tremenda responsabilidad de violar las instituciones.»

Impresionados los senadores por esta actitud, retrocedieron en presencia de tan grave conflicto. Hicieronse tentativas de arreglo, i un ministerio de conciliacion logró apaciguar los ánimos por algun tiempo.

La calma no fué de larga duracion, i el nuevo ministerio fué luego impotente para apaciguar las pasiones. Un rico minero de Copiapó, don Pedro Leon Gallo, pariente i antiguo partidario de Montt, pero entregado ya por entónces a las ideas del mas exaltado liberalismo, inició en Copiapó un levantamiento contra las autoridades constituidas. La oposicion apoyó en un principio con entusiasmo la revolucion, pero vencedor Gallo en la batalla de los Loros, los magnates de Santiago se sintieron sobrecojidos ante la perspectiva del triunfo de un caudillo cuyos avanzados principios políticos i relijiosos temian mas aun que la supremacia de Montt. La revolucion fué, pues, vencida, no sin que la sangre derramada, i las enérgicas medidas adoptadas por el Gobierno en contra de sus adversarios, hubieran llevado al extremo la exacerbacion de los ánimos i el odio encendido en una gran parte del pais contra el Presidente i sus partidarios.

La República se encontraba, pues, en una situacion

de las mas falsas i todo hacia esperar nuevas esplosiones. El Gobierno, sostenido por una minoría evidente, se mantenía solo por obra de las medidas de rigor, ya que tenía en su contra no solo a sus antiguos adversarios sino también a sus antiguos amigos, al clero, a la jente devota, a la aristocracia i al liberalismo. Solo la fuerza de las instituciones conservadoras le permitía mantenerse en pié en medio de aquella deshecha tempestad.

IX

Abdicacion del Monttvarismo.—Presidencia de Perez.—El Reformismo

Dados los hábitos electorales del pais, que colocaban a las urnas bajo la exclusiva voluntad del Poder Ejecutivo, el gobierno no podía ser reemplazado por los medios legales, sino, o por una abdicacion voluntaria, o por una revolucion.

El candidato natural de los nacionales para la Presidencia de la República, era don Antonio Varas, ministro i principal cooperador de Montt, con quien le unian los lazos de una antigua amistad i de una noble gratitud.

Vencedor el gobierno de la revolucion de 1859, no se divisaban mayores obstáculos para que esa candidatura triunfase, consagrándose así por mayor tiempo la supremacía de su partido. Sin embargo, la tirante situacion del pais no permitía esperar en tales circunstancias un gobierno fecundo, sino por el contrario, una era de odios i de represiones violentas.

El ilustre Varas aceptó con patriótico desprendimiento el triste deber que le señalaban las circunstancias; su personalidad demasiado acentuada i decisiva en las ásperas luchas de la administracion que terminaba, léjos de aplacar la tormenta hubiera redoblado sus iras. Renunció, pues, una candidatura de seguro éxito que le habría llevado a un puesto muy elevado pero lleno de peligros i de amargas responsabilidades. A la continuacion de la guerra contra una gran parte del pais, prefirió su abdicacion que llevaba envuelta la de su propio partido. El triunfo contra la revolucion fué así la última salva de honor, disparada en pro del orden i de la solidez de las instituciones; llegaba la hora de abandonar con gloria i segun las formas de las leyes, una dominacion casi imposible.

Ante la renuncia de Varas, el partido nacional designó como candidato a la Presidencia a don José Joaquin Perez, antiguo pelucon que se habia conservado fiel al gobierno en el conflicto de 1857. Hombre de buen sentido i conciliador, Perez no habia retrocedido, sin embargo, ante la severidad de las medidas que la política del decenio se vió obligada a adoptar para mantenerse en el poder. Pero su personalidad algo opaca i la conocida bondad de su carácter no permitía temer para su candidatura resistencias demasiado enérgicas.

La circular en que se hizo la proclamacion del nuevo candidato, puede decirse que fué el último documento histórico, que reproducia el lenguaje del antiguo conservantismo; la necesidad de mantener el orden público i la pureza del réjimen constitucional de 1833, resistiendo a las pretenciones de reformas prematuras, es el propósito que se refleja en

aquella pieza que tenia ya los caractéres de un testamento.

La eleccion de Perez fué acogida por el pais con evidentes muestras de entusiasta simpatía. Desde el primer momento, los políticos de oposicion rodearon al nuevo Presidente, halagando sus propósitos conciliatorios, con la fundada esperanza de que ante semejantes manifestaciones de la opinion, introdujera en los rumbos políticos un cambio desfavorable a los hombres del anterior decenio. Hasta que punto estas manifestaciones auxiliaron propósitos que bien pudieron ser preconcebidos en el señor Perez, es cosa que no puede afirmarse con seguridad. El hecho es que desde el primer dia pudo verse claramente que el nuevo gobierno adoptaria tendencias mui opuestas a las de su predecesor. Ello estaba mas en la lójica de las cosas que en la voluntad del primer majistrado, i, es tiempo ya de que la justicia histórica, dando a cada cual lo que le pertenece, borre de la memoria de Perez, el estigma de traicion que le arrojaron entonces los que si bien le habian elevado al poder, debieran estar resignados de antemano a las consecuencias de una abdicacion que el estado de los ánimos hacia inevitable.

Despues del opaco e incoloro Ministerio de don Manuel Alcalde, que no quiso o no pudo contentar a las facciones encontradas, el Presidente Perez, incapaz de conciliar los enconados odios abiertos por la guerra civil de 1859, i por las ásperas represiones del decenio, se vió en el caso de decidirse francamente o por la política i los hombres del gobierno de Montt o por la fusion opositora. Lo primero no era posible por las mismas razones que habian acon-

sejado la renuncia de don Antonio Varas; Perez tuvo pues que optar por la segunda.

Quedaba un tercer camino; la reconstitucion del partido conservador en su forma antigua, pero para los hombres son un abismo demasiado grande, los odios del dia de ayer, abismo que no son capaces de llenar los gloriosos i antiguos recuerdos. Las pasiones religiosas i las enconadas resistencias constituian un obstáculo demasiado grande para la realizacion de aquel gran pensamiento.

Don Manuel A. Tocornal, representante jenuino i ya casi único del antiguo espíritu de los pelucones, fué llamado a organizar el Ministerio fusionista, ante la imposibilidad de acometer una obra, que él personalmente hubiera deseado realizar, pero que no intentó siquiera por las imperiosas exigencias de los tiempos. El partido nacional quedó así francamente en la oposicion.

El nuevo gobierno contaba con el apoyo de gran parte de la aristocracia conservadora, con el clero i el liberalismo vencido en Loncomilla. Sintiéndose fuerte en la opinion, pudo sin tropiezos inaugurar una época de paz i de conciliacion, acaso no tan fecunda en labor administrativa como el anterior decenio, pero sin duda alguna mucho mas popular.

Hemos recordado anteriormente la actitud de un grupo de liberales que desde los primeros momentos se habia resistido a la fusion, en nombre de la pureza de su credo democrático i republicano. Aquel grupo, pequeño en número, pero notables por la rigidez espartana de sus principios liberales fué el núcleo del partido radical, cuya organizacion definitiva se efectuó en los precisos momentos en que el fusionismo arribaba al poder; eran los irreconciliables,

i sus doctrinas no eran sino la aplicacion estrema de los principios de igualdad, de democracia i de parlamentarismo proclamados por la juventud liberal de 1849. Este partido negó su apoyo al gobierno i se manifestó desde los primeros momentos en una actitud de recelo i hostilidad.

En semejantes condiciones, nada mas natural que la union, o alianza de los dos partidos de oposicion: esto es, de los radicales i nacionales, cualesquiera que fuese el abismo que separaba sus principios, representando los unos el réjimen autoritario i los otros la exajeracion de las doctrinas liberales. Pero por una parte los partidos de oposicion no se encuentran jamas demasiado inclinados a sostener con rijidez la omnipotencia de los gobiernos, i por la otra los caractéres de la lucha que iba a entablarse, mucho mas relijiosa que política, ponía en notable acuerdo los intereses de los patronatistas de 1857 i los de los libre-pensadores del radicalismo.

En efecto, para combatir la dominacion del fusio-nismo, no solo era necesario remover los inmensos obstáculos que dentro de nuestro antiguo sistema político, suscitaba la incontrastable influencia del gobierno, sino tambien debilitar o neutralizar el poder del clero que con todas sus fuerzas servía entónces la misma causa. En todos los departamentos, la alianza del gobernador i del cura, levantaba una inespugnable barricada a los propósitos electorales de la oposicion.

Un diluvio de propagandistas anti-clericales se descolgó sobre la católica poblacion de Chile. En libros, en folletos, en periódicos serios o burlescos, se ridiculizaba i atacaba sin piedad al arzobispo i a sus secuaces, al gobierno i al dogma. La juventud

monttvarista educada en las horas del conflicto eclesiástico no vacilaba en coadyuvar eficazmente a la obra de los radicales.

Si faltó la moderacion en estos ataques no fué mucho mas prudente la defensa; el clero en su totalidad se declaró enemigo irreconciliable de los opositores, sin distinguir entre ellos a los adversarios políticos de los adversarios religiosos. Se hacia en el púlpito propaganda de partido, se pretendia aniquilar a la prensa de oposicion con escomuniones i censuras eclesiásticas, procurando privarla por estos medios de avisos i suscritores. Sin limitarse a la defensa del dogma i de las enseñanzas de la iglesia, el clero atacaba a las personalidades, i en el calor de la pelea, no comprendia como se iba minando su prestigio i aniquilándose su salvadora influencia moral.

Estos debates fueron así subiendo de tono i creciendo en irritacion con el trascurso del tiempo. Las cuestiones constitucionales que ántes dividian los partidos eran ya de segundo término. Las disputas religiosas; las palabras ultramontanismo, jesuitismo, herejía i librepensamiento reemplazaron poco a poco a los problemas de otro tiempo, en un pais ávido de novedades i cuyas creencias se quebrantaban con celeridad pasmosa.

Dentro del fusionismo, muchos no miraban con buenos ojos la actitud del clero, pero casi todos toleraban el concurso que él les prestaba en política. Dificilmente se reprueba aquello que nos auxilia.

En 1868 la lucha religiosa se encontraba en el periodo de su mayor irritacion; i causa verdadera sorpresa el inmenso cambio que se habia operado en los tres años que mediaban desde 1865, cuando con ocasion de la reforma que consagró la tolerancia de

cultos, si alguien atacó la intransijencia que se atribuía al clero, la religion casi se habia visto por entero exenta de ataques. Despues la guerra de España calmó casi por entero la exaltacion de lá política, pero solo para que esta volviera a estallar luego con mas fuerza.

El ostracismo de los nacionales no fué en un principio acompañado de represalias violentas; la moderacion i la cultura de Tocornal supo conservar con los caidos una actitud en cierto modo respetuosa. Mas tarde el apetito de represalias tomó mayor fuerza, en forma de destituciones i exclusiones sistemáticas en el personal administrativo.

Pero para borrar por entero las huellas del decenio en el gobierno del pais se presentaba como un obstáculo la constitucion del poder judicial, que, siendo inamovible i gozando de cierta independendencia, no estaba al alcance de los exoneradores del fusionismo. La Corte Suprema de Justicia, presidida por don Manuel Montt, se componía en casi su totalidad de miembros caracterizados del partido nacional; sobre ella habia pues de caer con toda su fuerza el encono de sus adversarios.

Un diputado de la mayoría, don Vicente Sanfuentes, propuso en la Cámara la acusacion de la Corte Suprema ante el Senado, en virtud de una série de cargos formulados mas que por un espíritu justiciero, por las malsanas sugestiones de la pasion. El golpe era tan audaz que el mismo Gobierno se sintió por un momento sobrecojido.

Los mas exaltados miembros del fusionismo aplaudieron i empujaron la obra de la acusacion, los de espíritu mas tímido o mas sereno, se abstuvieron o manifestaron su franca reprobacion; el Ministro del

Interior que lo era el señor Vargas Fontecilla presentó su renuncia, el Presidente Perez se declaró neutral. En jeneral, los gobiernistas cuyo liberalismo era mas o ménos acentuado i a quienes repugnaba ya la alianza con los elementos clericales, vieron en el proyecto del diputado Sanfuentes, un abismo mas, próximo a abrirse entre ellos i los elementos de oposicion, con cuyas tendencias comenzaban a simpatizar. Por razones del todo opuestas, los conservadores i el clero se colocaron a las vanguardia de los acusadores. Esta fué, pues, la primera crisis de la fusion; un nuevo grupo de liberales se unió a los radicales, abandonando las filas de gobierno i engrosando las de la oposicion.

Apenas es posible darse una idea de las terribles pasiones provocadas por aquel lamentable episodio de nuestra vida pública. Los ataques contra el Gobierno de Perez recrudecieron en violencia i sus enemigos pudieron tomar el aspecto de víctimas, siempre simpático para las multitudes. Como ya iba haciéndose costumbre, se atribuyó al clero i a las sugestiones del Arzobispo Valdivieso, un acto que parecia significar el desquite de 1857.

La acusacion, triunfante en la Cámara de Diputados, naufragó no obstante en el Senado; la digna actitud de los miembros de aquella corporacion evitó al Gobierno de Perez, la mancha de una atropelladora injusticia.

Aquella derrota de la fraccion intemperante del fusionismo, tuvo por resultado fácil de preveer, un debilitamiento manifiesto de los clericales en la administracion. El Gabinete Amunátegui, representante de una política conciliadora, casi liberal, fué el primer

efecto de esta evolucion, cuya importancia era imposible preveer entónces.

Entre tanto la oposicion se habia fortalecido i prestigiado; la bandera de la reforma política i las tendencias anti-clericales del radicalismo, habian contagiado a sus aliados los nacionales, en quienes el alejamiento del poder bastó para destruir en pocos años el amor que ántes profesaran al principio de autoridad i a las instituciones de 1833; fenómeno antiguo i constante en todas oposiciones. Los liberales separados del Gobierno alzaron idéntica bandera i la propaganda de los principios de reforma se reanudó con creciente actividad.

Las doctrinas revolucionarias de 1849 volvieron a estar en boga. Ahora como entónces se discutian las instituciones consagradas por el éxito i la experiencia en nombre de principios abstractos i de figuras de retórica. Las libertades de los pueblos, la democracia, la ampliacion del derecho de sufragio, la independendencia de los poderes, el parlamentarismo i el debilitamiento de la autoridad del Presidente de la República, tales eran las antiguas i nuevas aspiraciones del reformismo. La juventud las acojia con entusiasmo, ya que educada bajo el réjimen pelucon, desconocia los males de la anarquía, i, en el porvenir, cuyos tristes secretos escapaban a su inesperienza, imaginaba una era de prosperidad i de gloria, siguiéndose a la realizacion de tan seductoras quimeras. Se creia que todos los males presentes i futuros serian curados por el poder májico de aquella libertad, única diosa entonces del pensamiento. Hoi es preciso no reir ni burlarse de los candores de esos tiempos; los jóvenes de entonces no habian tenido por fortuna suya la ocasion de ver de cerca a la dio-

sa; la inocencia es respetable i debemos respetarla.

El movimiento reformista de 1870 se diferenciaba del de 1849, en que ahora el liberalismo añadia a sus primeras tendencias, cierto espíritu de independencia relijiosa i de hostilidad al clero, que le permitia alcanzar prosélitos aun entre personas que, mal preparadas para comprender las teorías políticas, son incapaces de sentir otra clase de convicciones que las que se derivan de las creencias relijiosas o anti-relijiosas.

En efecto, no puede dudarse que la razon principal de la estraña predileccion que sienten algunos paises por las luchas teológicas, hasta el punto de que los partidos fundados en ellas son los únicos que tienen raices en el espíritu i las convicciones del vulgo, es el de estar dichos problemas mas al alcance de todas las ignorancias, i prestarse mejor al desarrollo de las pasiones agresivas propias de las jentes poco ilustradas. Las doctrinas sobre equilibrio de poderes, sobre organizacion política i social, no son ni pueden ser objeto de predilecciones o antipatías en la masa comun de las democracias, que no entienden ni pueden apasionarse por estas materias demasiado áridas i complejas. El tener opiniones sobre ellas es un privilejio de los mas cultos. Que se hable a las masas del sistema parlamentario, de las ventajas del sufragio libre, de las teorías del gobierno democrático, i probablemente se perderá el tiempo; enséñesele por el contrario a escarnecer una sotana o a burlarse de un dogma i se tienen grandes probabilidades de adquirir prosélitos. Otro tanto sucede con los partidos afectos a la relijion. Un conservador del temple antiguo habria gastado inutilmente su elocuencia propagando en el pueblo las

ventajas de la estabilidad política i la necesidad de fortalecer el poder, para evitar los desbordes del desquiciamiento i la anarquía; corria riesgo de no ser entendido, o por lo ménos de no apasionar a su auditorio, i lo logrará al contrario si muestra ante un pueblo devoto, a sus adversarios como enemigos de sus creencias, como herejes reprobados por la Iglesia a quienes es preciso aniquilar i destruir. El sentimiento i no la doctrina, la facultad agresiva i no la facultad razonadora, tales son los resortes de la popularidad en el sistema democrático. Por eso cuando un país, poco preparado para la práctica de las instituciones libres, entra por el estéril i peligroso camino de las luchas religiosas, es mui dificultoso hacerle tomar otro mas fecundo i racional. Por eso tambien el liberalismo habia encontrado, al fin, el mas seguro camino para sus futuros i ya cercanos éxitos de popularidad i predominio.

X

Triunfo del Liberalismo. — Ruptura de la Fusion

El odio al monttvarismo i al sistema predominante durante el decenio i particularmente en sus últimos años, fué el principal lazo de union de la fusion liberal-conservadora. Pero, andando el tiempo, el fantasma fué disipándose, i el peligro de su resurreccion haciéndose cada dia ménos probable. Los hombres de tendencias sinceramente liberales, sobre todo los libre-pensadores en teología, vieron en un principio en lá alianza con los conservadores, un instrumento desagradable pero necesario para destruir los restos

del partido de Montt, i para imposibilitar la repeticion de su gobierno. Pero pocos años despues, el incesante movimiento de las ideas, el cambio operado en la nueva jeneracion monttvarista educada en la alianza radical i en las ideas de reforma i libertad, comunes en Chile a todas las oposiciones, fueron arrancando paulatinamente del fusionismo a muchas personalidades, para las cuales el clero i sus adláteres representaban enemigos mas temibles i actuales, que el simple recuerdo de persecuciones ya olvidadas i de odios que los años habian estinguído.

La acusacion a la Corte Suprema de Justicia marca el periodo culminante de esta crisis del fusionismo; algunos liberales de gobierno a ejemplo de don Domingo Santa Maria, tomaron en esa ocasion el partido de los acusados contra los acusadores; otros muchos habian ya entónces deseado seguir este ejemplo, i solo se sentian retenidos al gobierno fusionista por intereses politicos mas que por una verdadera afinidad de ideas.

Al espirar el periodo presidencial de don José Joaquin Perez, la candidatura de don Federico Errázuriz, fué una nueva causa de defecciones i de debilidad para el órden político imperante. En efecto, Errázuriz pasaba, no sin razon, como un instrumento de las tendencias clericales. Aunque por su actitud en 1849 i por sus opiniones en materia constitucional i política, el combatido candidato pertenecia a la fraccion liberal de la fusion, el estrecho parentesco que le unia con el Arzobispo Valdivieso, la deferencia con que parecia escuchar los consejos i servir los propósitos del prelado, su actitud decidida contra la libertad de cultos en 1865, i la enerjía con que en diferentes circunstancias se mostró como un paladin

de la fé católica i de la unidad de creencias, eran otras tantas causas, que le hacian mirar con recelo i desconfianza, no solo por los radicales i reformistas de oposicion, sino tambien por muchos de los mismos partidarios del Gobierno.

Se levantó, pues, contra Errázuriz, bajo bandera reformista i liberal la candidatura del antiguo monttvarista don José Tomas de Urmeneta, que logró producir un movimiento de opiniones que, impotente para luchar contra las influencias del Gobierno i la popularidad que aun conservaba el órden de cosas establecido, mostró con harta elocuencia cuan grandes habian sido en pocos años el movimiento de las ideas i los progresos del liberalismo. Como era de esperarse, Errázuriz triunfó por gran mayoría, no sin que la ajitada campaña electoral que precedió a este resultado, sirviera para señalar a los futuros gobernantes, el rumbo que empezaban a tomar las opiniones i los deseos populares.

En efecto, la fusion se sentia cada vez mas trabajada por las tendencias opuestas de los políticos que la componian; la victoria habia hecho a los conservadores mas exigentes, circunstancia que no podia ménos de introducir la discordia en el debilitado i ya poco coherente campo gubernativo. Diferentes incidentes, de no escasa importancia, empezaron a mostrar esta diverjencia creciente de opiniones; cuando se suscitaban cuestiones de doctrina el lenguaje de los ministros i diputados liberales hacia contraste con el lenguaje del ministro i los diputados conservadores, i este fenómeno que auguraba mal para la estabilidad de la fusion, se acentuaba en la discusion de asuntos teolójicos o relacionados con ellos.

Fué entónces cuando sobrevino la célebre cuestion

de enseñanza, aun hoy día no enteramente resuelta, i que tuvo por primer efecto la delineación definitiva entre las tendencias del liberalismo i del partido conservador. Desde los tiempos de la colonia, la colación de grados i títulos profesionales universitarios había constituido un privilegio de los establecimientos fiscales de educación, siendo el principal objeto de este monopolio, vijilar por la competencia de los titulados i por la seriedad de sus estudios. Al organizarse en la época de los pelucones la Universidad de Chile, se consagró este mismo principio que encuadra perfectamente con las tendencias ya históricas de la raza latina i con el estado de cultura del país.

Sin embargo, i con el trascurso del tiempo, fueron formándose al lado de los institutos fiscales, otros de enseñanza privada, rejentados casi todos ellos por congregaciones religiosas, que habían logrado atraer a sus aulas a gran parte de la juventud dirigente del país. Debido a esta circunstancia la enseñanza privada, era causa de recelos para el naciente liberalismo teológico, que creía ver en ella la cuna de futuros adversarios.

Por el contrario, i por causas que sería interesante esclarecer, si ello entrara en los límites de este trabajo, la Universidad de Chile i los colejos que de ella dependían, tomaron casi desde su fundación, efectuada en tiempos de exclusivo predominio conservador, una marcada acentuación laica, casi liberal. Existían, pues, frente a frente, dos clases de establecimientos que se disputaban la dirección intelectual de los hombres del porvenir; los unos pertenecían al gobierno i los otros a los particulares; pero, los últimos estaban colocados en virtud de las leyes vijentes bajo la tutela de los primeros, i sujetos a tra-

•
•
•
•
•

bas que el partido conservador deseaba ver desaparecer desde que sus intereses se hallaban vinculados con los del clero.

El nuevo conservantismo teológico se hizo, pues, individualista i liberal en materia de enseñanza, exigiendo para los institutos privados una libertad análoga a la que se practica en los países anglo-sajones. — Triunfante la candidatura de Errázuriz, su Ministro de Instrucción Pública don Abdon Cifuentes, conservador convencido i defensor entusiasta de la libertad de exámenes, logró hacer predominar sus doctrinas en los consejos de gobierno. Se dictó, en consecuencia, un decreto sobre colación de grados, que sustraía de la vijilancia universitaria los exámenes de fin de curso, que ántes i despues de ese tiempo se han rendido ante comisiones especiales nombradas por la Universidad oficial. No es aventurado decir que esta disposición no fué sinceramente aprobada por los políticos liberales de la fusión, a pesar de los votos parlamentarios que entónces la consagraron por inmensa mayoría.

Por desgracia, a la sombra de esta nueva libertad, se produjeron abusos de trascendencia que ocasionaron gran descontento en la opinión. Institutos de educación hubo, establecidos con el único objeto de traficar con papeletas de exámenes que la Universidad se veía obligada a reconocer sin garantía. Si algunos colejos, en realidad serios, aprovecharon de los beneficios de la libertad, fueron en mayor número los que abusaron de ella escandalosamente.

Este fracaso, unido a otros muchos incidentes, colocó a Errázuriz en una alternativa análoga a aquella en que se encontró Pérez a principios de su gobierno. En la descomposición i recomposición

paulatina de nuestros partidos políticos, nada mas natural que los presidentes nombrados para una situacion se vean obligados a sostener una mui diferente. Se comete la injusticia de apellidar traiciones a estos cambios, sin recordar que en un pais en que la opinion pública no tenia medios eficaces para dictar sus rumbos al gobierno en las elecciones, correspondia al Poder Ejecutivo, verdadero usufructuario de la soberania nacional, hacer las veces de ésta, i contemporizar con las nuevas ideas para evitar conflictos, i no verse en entredicho con las tendencias dominantes en el pais.

Ante la desorganizacion creciente del fusionismo, Errázuriz para no ver esterilizado su gobierno debia decidirse por una de las dos corrientes pronunciadas entre los hombres que lo elevaron. Los conservadores no formaban sin duda alguna la mayoria del pais, i, por el contrario, su popularidad se encontraba seriamente comprometida. Además, por sus tendencias políticas i religiosas, el conservantismo eran incapaz de amalgamarse con los elementos de oposicion, por las mismas razones que lo dividian de los liberales de gobierno. Es cierto que, en otro tiempo, los conservadores formaron con los nacionales un solo partido, pero las ideas i propósitos del antiguo peluconismo, se habian olvidado ante pasiones teológicas i problemas i odios mas recientes. Nada mas distante de la actitud que asumian entonces el partido conservador i el nacional, que la antigua bandera del orden público, de la centralizacion administrativa i de la omnipotencia gubernamental. El ostracismo de los unos i el clericalismo de los otros, les habia arrastrado a un terreno mui diverso. Además aunque esta combinacion se hubiera presentado

como posible, nadie menos que don Federico Errázuriz podía apoyarla. El Presidente pertenecía por entero a la antigua bandera liberal de 1849 i, aunque sus ideas reformistas se hallaban amenguadas con el tiempo i la posesion del poder, sus simpatias no eran por cierto favorables a la reconstitucion del antiguo peluconismo.

En cambio, los liberales de gobierno tenian mas de un lazo de union con los reformistas, nacionales i radicales. En las cuestiones sobre preponderancia del clero, sobre patronato e instruccion, objeto entonces de ardientísima polémica, las ideas de unos i otros eran afines. Por la misma lójica de los acontecimientos los liberales se sentian ya mas en su centro, con los secuaces de aquel Montt que tanto odiaron en la época de su predominio, que con sus aliados de 1859, de 1863 i de 1870.

La ruptura de la fusion estaba, pues, ya en los ánimos, antes de que oficialmente se declarara lo que ya habia impuesto el curso natural de las cosas; i, cuando en 1873, la renuncia del Ministro Cifuentes dejó a los conservadores fuera del gobierno, Errázuriz no hacia sino consagrar con la omnipotencia de su poder presidencial lo que le dictaba la situacion del pais.

¿Fué esto un bien o un mal?

XI

Dominacion de los Liberales

El partido que subia al poder, compuesto como hemos visto de elementos históricamente heterojé-

neos, no tenia mucho de comun con el formado a merced de las doctrinas literarias i especulativas de 1849 i 1870. Las ideas de reforma i libertad política quedaban relegadas a segundo término, desde que sus sostenedores escalaron aquel poder que en otro tiempo combatian. Por un cambio de rumbo en que se vé tanto sentido práctico como poca consecuencia, el liberalismo juzgó oportuno abandonar los idealismos de su infancia, i tratar de justificar su nombre, sus tendencias, su elevacion misma con reformas teológicas, que si no podian ser de gran utilidad práctica para el pais, proporcionaban al partido una bandera capaz de popularizarlo ante el vulgo, i de hacer olvidar al antiguo reformismo sus aspiraciones retóricas en materia de derecho constitucional.

Faltó, pues, a los liberales desde el primer momento un gran propósito nacional, de utilidad comun que les sirviera de lazo de union, i si para Chile fué por de pronto un beneficio el que los agitadores de la reforma no pusieran en práctica sus utopías desquiciadoras, es por demas lamentable que la ruina de los antiguos partidos conservador i progresista, no nos condujera a otro resultado que a la dominacion de un bando popular, pero sin doctrina ni criterio definidas en materia de organizacion política, cuya bandera teológica, fácil de ser comprendida por el pais electoral, si le era útil para afianzar su predominio, no podia servirle para dar al partido i a la administracion aquella unidad que tan beneficiosa fué para Chile durante la dominacion de los pelucones.

Llegaron, pues, los tiempos en que sobrarian las palabras i faltaran los propósitos, en que las doctrinas no serán instrumentos de gobierno, sino armas de combate en las campañas políticas i en los comicios.

No se organizan los pueblos con una guerra religiosa, aunque la supongamos mui justificada. Los elementos de perturbacion en las conciencias, de division en las almas, en Chile como en Bizancio, pueden desorganizar i dividir pero no producir resultados, grandes i fecundos. Una nacion nueva en el camino de la libertad i del progreso, no necesita crear obstáculos a la union de los buenos; los encuentra ya demasiados en su inesperienza i en su debilidad.

Los pelucones tuvieron para gobernar un criterio de gobierno, i los liberales una bandera de popularidad. Por eso los primeros constituyeron un bando poderoso, unido, fecundo para la organizacion del pais, i los segundos formaron un partido, lleno de prestigio ante la opinion, pero impotente desde el primer dia para organizarse a sí mismo, i para dotar al pais de un gobierno estable i firme. La historia de su dominacion será la historia de inacabables luchas intestinas, en que las ambiciones de las personalidades, reemplazarán paulatinamente los antiguos propósitos nacionales.

Grande i triste destino el de los partidos teológicos, tan llenos de vida i de poder ante las urnas, como impotentes en el gobierno.

Quedaba, sin embargo, en pié de la áspera labor de los pelucones, aquel ejecutivo omnipotente, aquellas vigorosas instituciones políticas, de que el antiguo conservantismo hizo el eje principal de su sistema de gobierno. Los liberales que tanto le habian combatido no repugnaron, sin embargo, recibir esa herencia casi sin beneficio de inventario. Para mayor bien de Chile, tuvieron el buen sentido de comprender que no era posible arrojar, como cosa inservible i gastada, el útil i fecundo instrumento con que sus

predecesores hicieron de Chile la República modelo de la América Española.

Gracias a esta feliz transformación del partido liberal, el Jefe del Estado pudo seguir desempeñando el papel del supremo moderador de las pasiones políticas, i de los intereses individuales. Gracias a ella el país se libró una vez mas del desquiciamiento i la anarquía.

Entretanto, el partido conservador acentuaba en las amarguras de su derrota, la evolución funesta que acarrearía su desprestigio i su ruina. Sin dejar de ser el defensor celoso de lo que juzgaba ser el interés del clero, no tardó en reproducir en la parte política las mismas aspiraciones de reforma i libertad de que sus adversarios habían hecho su programa en la oposición. La convención conservadora de 1878 consagró formalmente las nuevas tendencias de ese partido.

Los que aun se denominaban herederos de los pelucones, tenían ya por fin principal i casi único la defensa de la Iglesia, i para conseguirlo no vacilaban en desear la destrucción de la obra conservadora de Portales, convertida hoy en fortaleza de sus adversarios.

Con la exajeración que caracteriza a todos los vencidos, el conservantismo se dejó luego llevar de un celo religioso talvez indiscreto. El clero i los dogmas de la Iglesia, fueron otras tantas armas de propaganda electoral: se combatía el liberalismo con argumentos espirituales, i se llegó a acusar al gobierno de perseguidor i anti-católico por reformas que

ellos mismos habian iniciado en la última época de la fusion. (1)

Así deslindados los campos políticos, no tardó en proseguir con mayor energía aquella estéril lucha entre el poderoso partido que se encontraba en el gobierno, por una parte, i los aliados del clero, por la otra; lucha en que poco tenian que ganar los verdaderos intereses nacionales i mucho que perder la religion i el buen gobierno.

Las reformas teológicas emprendidas por el liberalismo fueron en un principio timidas; la supresion del fuero eclesiástico i el Código Penal que ponía en iguales condiciones de respeto ante la lei, a los católicos i a los disidentes, fueron las principales. La resistencia que encontraron, puede atribuirse en gran parte al celo con que los conservadores procuraban mostrarse ante el país, como los escudos del catolicismo. Seria injusto afirmar que en esta actitud hubo mala fé; el sentimiento relijioso es harto delicado para esplicar tales imprudencias.

En cuanto a reformas políticas, las que se realizaron no alcanzaban a comprometer el fondo del antiguo réjimen gubernativo. Se redujo el periodo presidencial, prohibiendo la reeleccion (2); se modificó la lei electoral, se cambió el voto de lista completa por el de lista incompleta, se redujo el periodo de los senadores i la estension de las facultades extraordinarias i de estado de sitio, se consagraron en el de-

(1) La supresion del fuero eclesiástico.

(2) Esta reforma se consagró antes de la ruptura de la fusion i en los últimos meses del gobierno de Perez. Es honroso para Errázuriz, entónces presidente electo, el haberla promovido.

recho garantías individuales que existían ya en el hecho, se hizo algo en pro de las incompatibilidades parlamentarias, se dió injerencia al Congreso en la formación del Consejo de Estado i se suprimieron algunas de las trabas que entorpecían la reforma de la Constitución.

Tal fué la obra de la dominación liberal en sus primeros años, i los antiguos conservadores lejos de entorpecerla la hubieran deseado algo mas amplia; pero los papeles estaban trocados; los antiguos argumentos sobre la escasa preparación del país, i sobre la imprudencia de desquiciar las instituciones, estaban ahora en labios liberales.

Por otra parte, no puede negarse que fué una empresa hábil i patriótica la del liberalismo en aquel tiempo. Su inconsecuencia política sirvió mejor al país, que lo hubiera hecho la aplicación estricta de sus principios; decorando con cierto barniz las instituciones peluconas logró hacerlas mas aceptables i consiguió así mantenerlas por algun tiempo todavía.

Pero al nuevo orden de cosas le faltaba solidez, porque no tenía como el antiguo, un partido digno de este nombre para sostenerlo. Olvidadas sus doctrinas de reforma, el liberalismo, fuera de las cuestiones religiosas, carecía de propósitos. Era simplemente una agrupación de hombres, cuya disciplina dependía solo de la voluntad todavía omnipotente del Jefe del Estado. Mientras ella no le faltara, las instituciones podían sostenerse; pero una vez derribado el cimiento único que mantenía la cohesión, aquellos elementos agrupados en nombre de doctrinas de tardía i lejana aplicación, tenían necesariamente que dispersarse a todos los vientos como las hojas de un libro desencuadernado.

Ya en la Administración Errázuriz, (1871-76), cuando aun duraba lo que podemos llamar la alborada de la dominación liberal, se inició la formación de círculos, que tan funesta debió ser al liberalismo i al país. Además de los radicales, de los reformistas, de los antiguos fusionistas i de los nacionales, los accidentes de la vida política originaron luego dos nuevas agrupaciones; una, encabezada por los hermanos Amunátegui, estaba formada por los letrados i los doctrinarios del partido; la otra, mas estrechamente unida con la persona del Presidente, se componía de los hombres de administración, del jenuino elemento gobiernista. Es necesario, sin embargo, reconocer que el prestigio i la energía del señor Errázuriz, bastaron por algunos momentos para mantener la alianza liberal en condiciones de unión bastante satisfactorias, pero que encerraban el jermen de próximos conflictos.

Otro partido, que se tituló liberal-democrático, nació a la vida pública con motivo de las elecciones presidenciales de 1876. Su bandera política era la candidatura del ilustre historiador i propagandista don Benjamin Vicuña Mackenna. Pretendía esta agrupación el cumplimiento fiel del programa democrático i reformista de los viejos liberales. Mientras creyó poder contar con la complicidad o la tolerancia del gobierno en las próximas elecciones, se mantuvo en actitud respetuosa dentro de la Alianza Liberal, pero muy luego toda ilusión a este respecto quedó desvanecida, i el nuevo partido se vió obligado a iniciar contra el gobierno una campaña de oposición, que dejeneró muy luego en una agitación provincial i democrática, obra casi esclusiva de la popularidad de su candidato, i que por lo tanto no

debía dejar huellas duraderas en la fisonomía política del país.

Entre tanto, el grueso del liberalismo dividía sus preferencias, entre el señor Miguel Luis Amunátegui i don Aníbal Pinto: el favor oficial otorgó el triunfo a este último en la convención que debía elegir el candidato, i los partidarios del señor Amunátegui, se plegaron de buen grado a las huestes del vencedor. No por eso la lucha electoral dejó de ser reñida; a las condiciones personales del señor Vicuña, que le hacían por sí solo un adversario formidable, se juntó a última hora el apoyo que le prestó el partido conservador. No obstante, la influencia del gobierno decidió la campaña en forma abrumadora a favor del candidato oficial.

Don Aníbal Pinto, hombre modesto i honorable, carecía sin embargo de una personalidad bastante acentuada para poder mantener como su predecesor la unión del partido liberal. Así, desde los primeros momentos de su administración, se vió obligado a contar con los antiguos i nuevos círculos que trabajaban sordamente al liberalismo; entónces se iniciaron aquellas frecuentes crisis ministeriales i evoluciones políticas, que caracterizan el sistema interno del partido liberal en el gobierno. Las querellas intestinas adquirían ya caracteres de gravedad que podían presajiar una catástrofe (1), cuando dificultades de otro jénero hicieron olvidar por el momento las

(1) Don José Manuel Balmaceda, creía que sin la guerra del Pacífico el gobierno Pinto bien pudo terminar con una revolución.—Véase a este respecto el Mensaje Presidencial leído ante el Congreso constituyente de 1891.

discordias políticas, ante graves peligros nacionales.

Una tremenda crisis económica i financiera, originada por el agotamiento de nuestras antiguas fuentes de recursos i por el déficit creciente de los Presupuestos, obligó al gobierno i a los partidos a contraer su atención al remedio de estos males, no sin que las ásperas discusiones a que ello dió origen, arrojaran nuevos elementos de perturbacion en el seno de los partidos.

Entonces estalló la guerra del Pacífico, que con tanta elocuencia mostró ante la América, el patriotismo, la union i el buen sentido de nuestros compatriotas. Las querellas intestinas se aplacaron en nombre de la patria, para renacer solo despues de la victoria.

I aquí acaba lo que podemos llamar la edad de oro de la dominacion liberal. Ella trajo al país como elemento nuevo el empleo de fórmulas hábiles que quitaron a la tradicion autoritaria su antigua aspereza; desgraciadamente si el liberalismo no queria ya las reformas inconsultas que antes deseaba, se veia en la imposibilidad de resistirlas por completo. Esto le colocaba en una situacion indecisa i poco franca, frente a los problemas sobre constitucion política i social; tambien esta circunstancia le privaba de esa unidad tan necesaria para fundar situaciones duraderas. Su sistema de transicion entre el réjimen antiguo i las formas nuevas iba a experimentar un fracaso, cuyas consecuencias todavía sufrimos. Vamos a estudiar con alguna detencion las causas que lo prepararon i produjeron.

XII

Santa Maria i Balmaceda.—Revolucion de 1891

Terminada la guerra del Pacifico, el partido conservador tentó un nuevo esfuerzo para derribar la dominacion de sus adversarios, levantando para ello la candidatura del vencedor del Perú don Manuel Baquedano. Algunos liberales apoyaron esta candidatura, ya por razones de entusiasmo patriótico, o de afinidad política. Sin embargo el ilustre jeneral no llegó a las urnas i el candidato del Gobierno, don Domingo Santa Maria, fué elejido Presidente de la República.

El nuevo mandatario pertenecia por entero a la nueva escuela de autoritarismo político i liberalismo teológico que en el fondo, ya que no en las fórmulas, constituia el programa liberal en aquel tiempo. Hombre enérxico, decisivo i dominador, en su administracion la omnipotencia del ejecutivo llegó a términos que tocaban i aun sobrepasaban los límites de la arbitrariedad.

Desde el fallecimiento del arzobispo Valdivieso, ocurrido en 1878, la jefatura de la Iglesia Chilena se encontraba vacante, por causa de los inconvenientes que la dominacion de un partido afectado de indiferentismo relijioso, i de cierto espíritu de hostilidad al clero, ponía al correcto ejercicio de los derechos del patronato nacional. El candidato de los liberales para Arzobispo era el canónigo Taforó, hombre que por sus afinidades políticas i convicciones personales estaba mui léjos de simpatizar con la actitud del clero en frente de las ajitaciones del

pais. Por esta misma causa el partido conservador i con él la mayoría del elemento eclesiástico no podían aceptarlo i lograron hacer que esta resistencia fuera enérgicamente apoyada por la Corte Romana, que se negó a preconizar al candidato del gobierno chileno.

Santa Maria no era hombre para contemporar con los obstáculos; habiendo nombrado el Papa con el carácter de delegado apostólico a monseñor Celestino del Frate, para que arreglara con el Gobierno de Chile el conflicto, el diplomático pontificio se vió desde el primer momento rodeado por todos los conservadores del pais, circunstancia que no tardó en presentarlo como un actor en las diferencias de los partidos, mas que como un enviado extranjero. En tales circunstancias todo arreglo se hizo imposible i Santa Maria dió al nuncio sus pasaportes. La guerra relijiosa se encendió de nuevo i con caracteres mas graves que nunca. No tardaron en producirse las represalias.

Hasta aquella fecha, la constitucion de la familia i en jeneral todos los actos del estado civil, eran consagrados por la relijion, i los Ministro del Culto eran a la vez los funcionarios encargados de solemnizarlos. El liberalismo creyó inconveniente la continuacion de un órden de cosas, que ponía en manos de sus adversarios funciones de gran importancia de cuyos efectos correspondia conocer a los tribunales civiles. A la resistencia opuesta a la preconizacion de Taforó contestó, pues, el gobierno con la promulgacion de una lei de matrimonio, i de registro civil, que, encargando a funcionarios especiales i laicos la celebracion i conservacion de los actos del estado civil, sustraía al clero, no solo una importante fuente de entradas,

sino gran parte de su prestigio moral. A esta lei se agregó un decreto sobre el uso de cementerios destinado a colocar estos establecimientos, esclusivamente religiosos hasta entónces, bajo la inmediata direccion del Estado.

La sociedad católica de Chile se conmovió hasta lo mas profundo con tales reformas. No puede negarse, en efecto, que por las circunstancias en que se promulgaron, no era difícil encontrar en ellas un sistemático espíritu de doctrinarismo i hostilidad que pudo evitarse, sin que con ello hubieran sufrido, sino mas bien ganado los principios i las necesidades nacionales que se queria satisfacer. Se procuró imitar en las fórmulas laicas los sacramentos de la iglesia, suscitando así obstáculos a la reconciliacion del clero con el nuevo orden de cosas, circunstancia que habria evitado para lo futuro males gravísimos. Pero ¿puede alguien esperar que en las luchas teológicas se sirva otra cosa que las pasiones que las encienden? Por eso precisamente son tan infecundas, estériles i perturbadoras.

El liberalismo hizo de las leyes civiles su mayor título de gloria, i aun hoi, nadie pretenderia llamarse liberal sin acatarlas i jurar su mantenimiento. Este es el primero i casi único artículo de la fé liberal, i no puede observarse sin amargura, que aunque consagraran en realidad un principio de justicia i tolerancia, (1) son por otra parte, bien poca cosa para

(1) El matrimonio civil ha sido aceptado por la Iglesia chilena, en tiempo de los pelucones, cuando en 1844 se reglamentó por el Estado el matrimonio de los no católicos. Es verdad que los pelucones buscaban el arreglo de las cuestiones, sin suscitar doctrinas bizantinas que perturbaran las conciencias como los liberales i conservadores de hoi.

programa total de un partido que pretende reunir en su torno a la mayoría de los elementos políticos del país, unirlos i disciplinarlos. Una cuestión de sacristia asume así las dimensiones i los caracteres del más importante, del único problema nacional.

I entre tanto la verdad es que con solo el matrimonio civil no se rejeneran los pueblos i que bien podian rejenerarse, aunque fueran los clérigos quienes casaran.

Muy pronto pudo verse experimentalmente que no basta levantar banderas de combate i popularidad para organizar partidos fuertes i bien constituidos. Las leyes civiles eran un lastre insignificante para el liberalismo.

Las ambiciones personales, adormecidas un instante por los ardores de la lucha doctrinaria, renacieron luego con mayor violencia, produciendo en el partido de gobierno un quebrantamiento esta vez definitivo. La actitud del presidente Santa María no fué estraña a este fatal resultado.

Desde 1830, i aun pudiera decirse desde la época de la Independencia, la intervención oficial en las elecciones habia llegado a ser un instrumento usual de gobierno; todos los partidos habian usufructuado de este abuso i todas las oposiciones lo habian resistido; era una tradición de la vida nacional, que en tiempos de Santa María estuvo muy lejos de debilitarse.

En efecto, en las elecciones parlamentarias de 1882, ni un solo conservador pudo llegar al Congreso, i si en 1885 fueron elegidos cinco miembros de ese partido fué por la tolerancia del gobierno, i no porque los abusos hubieran sido menores. Los frau-

des i las violencias sanguinarias amparadas por las autoridades llegaron a su colmo.

Aun dentro del liberalismo, los puestos políticos no se repartian por la voluntad de los pueblos sino por verdaderos decretos del ejecutivo. Se hacia gala de arbitrariedad, pues Santa Maria no toleraba ni a sus mas decididos secuaces, que pudieran imaginarse elejidos en virtud de otra lei que su voluntad personal.

Esta conducta apresuró en gran manera la descomposicion latente del partido liberal, fomentando los círculos personales, i encendiendo incurables odios intestinos, que la política de Santa Maria aprovechaba, pues tendian a asegurarle una preponderancia irresistible.

Aquel partido poderoso que contaba, sin duda, con una gran mayoría en el pais, se mantenía pues en una situación violenta, agrupada una parte de él en derredor del presidente, que representaba la fuerza i el poder, mientras los ménos dóciles o ménos favorecidos por los caprichos del amo, recelosos i descontentos solo esperaban una ocasión para la ruptura.

Presentóse ésta con motivo de las nuevas elecciones presidenciales. En realidad cada uno de los círculos del liberalismo tenía sus particulares preferencias, pero el único árbitro en este problema era necesariamente el Presidente de la República, gran elector del pais en aquellos tiempos. Don José Manuel Balmaceda, principal ministro de Santa Maria, obtuvo la preferencia.

Esta candidatura tropezó desde un principio con enérgicas resistencias, i el gobierno se vió de pronto abandonado por gran parte de sus sostenedores; una

gruesa fraccion con el título de liberal-independiente, los radicales i los nacionales, trataron de ponerse de acuerdo para la eleccion de otro candidato. Reunida una Convencion con este objeto, no se pudo llegar a ningun resultado; los radicales i muchos liberales querian la eleccion de don José Francisco Vergara, entretanto que los nacionales sostenian la candidatura de don Luis Aldunate. Como ninguno de estos ciudadanos obtuviera, despues de reiteradas votaciones, la mayoria requerida, los nacionales se separaron de la Convencion adhiriéndose a Balmaceda.

Entre tanto, los adversarios de la candidatura oficial, organizaron una vigorosa oposicion parlamentaria, con el apoyo de una minoria tan fuerte como no se habia visto otra desde 1849.

Los conservadores aliados naturales de todas las oposiciones, prestaron su concurso a esta campaña, que pronto adquirió caracteres de inaudita violencia, La poderosa i disciplinada minoria de la Cámara de Diputados pretendió obstruir indefinidamente la aprobacion de los presupuestos, para obligar así al Gobierno a adoptar una politica que diera garantias de prescindencia electoral. Esta conducta llevaba al pais a un conflicto, cuya solucion no era posible dentro de los caminos legales; o el gobierno se inclinaba ante una minoria o quebrantaba las fórmulas sino el fondo de la lei. El presidente de la Cámara de Diputados, don Pedro Montt, optó por este último término i, en la sesion de 9 de Enero de 1886, declaró cerrada la discusion de los presupuestos por un golpe de autoridad.

La oposicion redobló sus iras ante proceder tan enérgico; acusaba al Gobierno por un atropello, cier-

tamente, pero por un atropello sin el cual todo Gobierno desaparecia en adelante. Si las minorías pudiesen hacer imposible la marcha de los gobiernos, no habria ninguna que dejara de aprovechar este medio, ya que usan i abusan de todos cuantos tienen a su alcance para entorpecer la administracion; derechos de las minorías i anarquía son una misma cosa como luego veremos.

Subió, pues, Balmaceda al poder en medio de una deshecha tempestad politica. El personalismo de Santa Maria i las violentas escenas parlamentarias de 1885 i 1886, dejaban en los ánimos imperecederos recuerdos.

Ademas el liberalismo se hacia mas i mas incapaz de dotar al pais con un réjimen regular, porque habia perdido esa unidad, que es la primera condición de los éxitos politicos. Hemos visto desarrollarse, paulatinamente, las causas de este deplorable estado de cosas: la falta de propósitos i de ideales definidos capaces de reunir a los hombres en torno de un programa, era el resultado de la evolucion operada en las doctrinas del liberalismo en materia administrativa i política, desde que habia pasado a ser partido de gobierno, i desde que las cuestiones teológicas absorbiendo a las demas llegaron a ser la única bandera real i efectiva en el ánimo del grande i pequeño público.

Si a esto se agrega el absorbente i desquiciador personalismo de la última administracion, i sobre todo la falta de adversarios verdaderamente temibles que combatir, no es estraño que aquella grande pero inconexa personalidad política llamada al partido liberal, llegara a los últimos extremos de su disolucion.

Balmaceda, a quien faltaban muchas de las condiciones que constituyen al verdadero hombre de estado, si bien tenia el patriotismo suficiente para procurar el remedio, no acertó a medir la profundidad del mal ni las causas que lo producian. Hombre mas teórico que observador, no podia comprender que una máquina que, segun sus principios, debia funcionar bien se hallara descompuesta, e incurrió en el fácil error de considerar efecto de las ambiciones de los círculos i de la perversidad de los hombres, lo que era el resultado triste pero inevitable de la descomposicion de las viejas tradiciones políticas del pais, de la pérdida de rumbos en el partido liberal, de la accion desquiciadora de las luchas teológicas, i mas que nada de la escasa preparacion del pais para el réjimen implantado a medias por el triunfo del liberalismo. —

Todo se hallaba en contradiccion en aquel extraño orden de cosas, que ocultaba un abismo. Los principios pregonados i la realidad, las palabras i los hechos, el personalismo absorbente arriba, i la confusion, la anarquía en las ideas i en los propósitos de la sociedad.

Las bases jenerales de las instituciones con que dotaron al pais los pelucones, subsistian aun pero no como un compuesto armónico i homogéneo. Las reformas de las leyes i de las costumbres políticas no eran el resultado del gradual desenvolvimiento de las fuerzas sociales del pais, sino de acontecimientos ilójicos que partidos desprovistos de verdaderos propósitos, hacian jerminalar de las intrigas de palacio, o al calor de las múltiples combinaciones de los bandos en lucha. Todo se habia reformado así: el sistema electoral, el Poder Ejecutivo, la organizacion parla-

mentaria; i, por uno de aquellos contrastes frecuentes en los países enfermos i mal constituidos, en aquel edificio político adornado con novísimas instituciones subsistia lo mas fuerte, lo mas duradero, lo mas in-conmovible que legara la dominacion pelucona, la dictadura, no legal ya, pero sí efectiva del Presidente de la República. I aquella dictadura, dentro del réjimen liberal, dentro de la reforma liberal no era ya como de antiguo una creacion de la lei, sino simplemente un abuso, i los abusos no podrán jamas ser preconizados ante ningun país como una base sólida, seria i duradera del edificio social.

Ademas, en aquella demolicion desatentada, sin plan i sin órden, que se habia operado de las instituciones que dieron a la República un pasado honroso, sobre el suelo cubierto de ruinas o de construcciones débiles e informes, al absolutismo presidencial quedaba aislado como un muro jigantesco que dejaran en pié los estragos de un incendio, sin las trabazones i los apoyos que ligándolo al resto del edificio, le dieran solidez.

En efecto, aquella union estrecha i efectiva de la gran mayoría de los elementos sanos i responsables, en torno del gobièrao, sin distincion de banderas teológicas o de doctrinarismos bizantinos, no existia ya, i estaban olvidados los grandes propósitos que en otro tiempo la formaràn, en pro de disputas eclesiásticas de dudosa utilidad nacional. El sistema legal i administrativo que daba respetabilidad al poder, que lo ligaba con los pueblos, que lo aislaba de las facciones, colocándolo a mayor altura que las ambiciones mezquinas, estaba en ruinas tambien. Los partidos no reconocian bandera, i la sociedad sin jefes, sin propósitos, sin unidad, se mantenía tran-

quila solo en fuerza de una tradicion que ya se perdia, i por la virtud de una dictadura fundada en el abuso, i que, único resto de un pasado impremeditadamente echado por la borda, presentaba un contraste chocante con la anarquía de las leyes i de las ideas.

Si por una parte las inconsideradas reformas de la Constitucion de 1833 llevaban envuelta la disolucion del pais, i si por la otra, el desquiciamiento del partido dominante, la hacia impotente, para conservar en el gobierno cierta unidad de accion, el presidencialismo absorbente que tenia todavia en sus manos el poder electoral i la constitucion efectiva de los poderes públicos, habia llegado a ser el único dique que mantenía a la República en un réjimen ordenado, al ménos en apariencia. El voto acumulativo, las incompatibilidades, el sufragio universal, el sistema parlamentario existia ya en el derecho, pero falseadas estas instituciones por el absolutismo del presidente que en el hecho, era todavia el único depositario de todos los poderes, no era posible que los males que tales innovaciones debian producir, se hicieran palpables ante la conciencia pública. El Presidente único poder real, era ante todos el único responsable, i, cuando impotente ya para sujetar la indisciplina que se desbordaba, comenzó esta a invadir a la administracion, el pueblo creyó sufrir los males del gobierno personal, cuando en realidad sufría los de la anarquía.

Pero eso no lo comprendía Balmaceda; su ideal político era la union liberal en torno del poder ejecutivo, i en verdad que semejante remedio bien aplicado, sino podia curar males tan hondos acaso hubiera retardado la catástrofe. Pero de todos modos era un error demasiado sensible, el sustituir a un sis-

tema ordenado de propósitos nacionales, una personalidad por poderosa i grande que fuera, sobre todo cuando llegada al poder en medio de terribles odios, no inspiraba a todos la suficiente confianza.

Así debió fracasar como fracasó un propósito concebido con honradez pero sin altura de miras.

Es ciertamente inconcebible que un hombre de estado creyera con sinceridad que bastaría levantar solo la bandera liberal, que no era ya, como luego veremos, sino una grande i vacia palabra, para que los hombres depusieran sus ambiciones i sus intereses, a los piés de sus sueños de ideólogo, i de los desvanecimientos de su omnipotencia.

Al acercarse el año terrible de 1891 los signos de descompajinacion política se hacian cada vez mas claros, como en otro tiempo en vísperas de 1830. Pero no eran ya los Presidentes los que se sucedian impotentes, ni las constituciones las que se desvanecian a los golpes desatentados de la soldadesca. Lircái fundó al ejecutivo, i Loncomilla mató al militarismo; lo que estaba sellado con sangre, solo caeria envuelto en sangre.

Pero si la República no despertaba diariamente al estruendo de una sedicion, o de la caida de un Presidente, o del cambio de un réjimen, podia presenciar un espectáculo de disolucion, ménos trájico pero no ménos deplorable. Los hombres i las facciones amalgamadas en confuso torbellino, se sucedian en los Consejos de la Moneda, adonde el Presidente de la República, incapaz de organizar aquel confuso caos, barajaba sin órden i sin lójica los acontecimientos i las personalidades, manteniendo su autoridad a costa de su prestigio i a favor de las ambiciones encontradas, cuyo necesario árbitro era él.

Los cortesanos de Santa María, los vencidos de 1886, los nacionales i sus aliados, los radicales i los círculos mas o ménos personales organizados en torno de notabilidades pasajeras, componian el abigarrado conjunto que aun se denominaba partido liberal. Sus querellas, sus odios, sus ambiciones exacerbadas por los abusos o las complacencias del poder, por recuerdos recientes, por luchas intestinas todavia palpitantes, sin mas lazo de union que pasajeras componendas, o alianzas efimeras, sin vínculos de doctrina, sin propósitos determinados, sin poder apelar siquiera por el estado de los ánimos al espediente de las luchas relijiosas, ofrecian vasto campo a la desmoralizacion política, i al creciente desquiciamiento del orden administrativo.

Al principio la enfermedad parecia curable, i a raiz de su victbria de 1886, Balmaceda pudo gozar de algunas horas de paz i de templanza, últimos momentos de gloria i de progreso, para aquel réjimen que ya comenzaba a caerse a pedazos. Mui pronto las incontinencias de los favoritos i la creciente division de las fracciones del partido dominante, hicieron presajiar dias tristes para la República.

En su propósito de dar unidad al partido liberal, el Presidente comenzó a emplear un sistema de báscula que llevaba su voluntad vacilante de una a otra de las facciones que se disputaban la supremacia del liberalismo. En 1888 rompía con los nacionales, sus firmes apoyos en las elecciones de 1886, i se echaba en brazos de sus adversarios del 9 de Enero, para romper mui pronto con sus nuevos amigos i volver a los hombres de los albores de su gobierno. Así fueron perdiendo la confianza los unos i los otros; así se fomentaba la discordia intestinal i se desprestijiaba el Poder.

Frecuentes crisis ministeriales, sin causa aparente, pero provocadas de ordinario por el mismo Jefe del Estado, fueron la primera manifestacion de este nuevo desorden en el gobierno de la República. A fines de 1890 Balmaceda contaba ya 14 ministerios. Todas las combinaciones politicas fueron ensayadas, i todas sufrieron sucesivos fracasos; la desconfianza i la discordia pasaban desde los corrillos politicos, hasta el seno mismo del Gabinete. La nocion de gobierno se perdia.

Las elecciones de Marzo de 1888 hechas cuando aun duraban los buenos tiempos de la administracion Balmaceda, i las últimas que debian efectuarse segun el antiguo orden de cosas, se distinguieron por idénticos abusos a los que desde antiguo venian falseando la voluntad del pueblo; pero en aquellos dias de relativa concordia, la templanza politica de Balmaceda permitió la entrada al Congreso de numerosas personas que no eran simplemente hechuras del Presidente de la República. Las diferentes fracciones liberales obtuvieron una representacion mas o ménos proporcionada a sus fuerzas efectivas, i el partido conservador, alcanzó un número de asientos superior al que jamas habia tenido desde el rompimiento de la fusion.

Pero en todo caso el nuevo Congreso no era como los anteriores, fruto de una verdadera eleccion, i los Ministros así lo declararon espresamente, alabándose ante la Cámara por haber dejado a sus adversarios quince asientos (1). Pero ya hemos visto que este

(1) La Cámara de Diputados constaba en 1888 de 115 miembros.

don gratuito no contentó a nadie, i fué solo un nuevo incentivo para la discordia i la anarquía.

Al aproximarse la época de las elecciones presidenciales, la *cuestion candidatura*, comenzó a agitar los ánimos, introduciendo un nuevo alimento al desórden político. La esperiencia de sesenta años mostraba claramente que el único árbitro del problema era la voluntad del Presidente de la República, gran elector del país; no habia por qué esperar que Balmaceda faltara a una tradicion consagrada por el tiempo i los acontecimientos. Así desde muy temprano las intrigas de todo jenero rodearon al palacio de la Moneda, de donde habia de salir el futuro dueño de los destinos del país. Los dos grandes círculos parlamentarios del liberalismo, los nacionales i sus aliados, cuyo jefe era don Agustín Edwards, i los independientes o sueltos a cuya cabeza se encontraba don Augusto i don Eduardo Matte, se disputaban con encarnizamiento el derecho de elegir de su seno al candidato oficial del liberalismo. En torno de esta gran cuestion comenzó a jirar el movimiento político i las múltiples intrigas de los partidos.

Balmaceda, sea con el propósito de evitar un conflicto entre entidades tan poderosas, o arrastrado por sus preferencias personales, cuidó de no inclinarse del lado de ninguno de los círculos rivales, antes bien fijó sus miradas en un ciudadano extraño hasta entónces a las intrigas de los partidos, i sin mas antecedentes políticos que sus relaciones de amistad i de negocios con el Presidente de la República. Era este don Enrique Salvador Sanfuentes.

El anuncio de esta candidatura fué recibida con igual irritacion por los nacionales, los independien-

tes i los radicales cuyas pretensiones venia a herir a la vez; los conservadores en cambio se regocijaron por el momento de una eleccion que iba a conducir a la primera majistratura a un ciudadano que tenia mas de un punto de afinidad con ellos por sus ideas i su pasado (2).

Pero ese partido alejado por tres largos lustros del ejercicio del poder, habia sufrido una evolucion que acentuando su espiritu relijioso, lo despojó por otra parte de sus antiguas doctrinas sobre la organizacion del poder, i de las honrosas tradiciones de gobierno con que los pelucones fundaron la antigua prosperidad chilena. Los que aun continuaban denominándose conservadores, no conocian otra bandera que la defensa de los intereses relijiosos, i como medio para alcanzar este fin, no trepidaban en afirmar las máximas de un exaltado liberalismo político. La desorganizacion definitiva de las antiguas bases constitucionales de que los pelucones hicieron una fortaleza inespugnable, parecia el único camino para derribar la supremacia del liberalismo encastillado ahora tras de aquellos formidables reductos.

Un ilustre aristócrata, don Manuel José Irrarrázaval, pensador especulativo mas que hombre de Estado, tan versado en los libros como poco conocedor de su pais, era el principal conductor de las huestes conservadoras por aquel nuevo camino. El estable-

(1) No pocas veces he pensado, si Balmaceda al elejir a un conservador candidato a la Presidencia, no lo hizo en vista de la imposibilidad de introducir cierta disciplina en el campo liberal, para buscar así lo que mas tarde se ha llamado *la coalicion*. Acontecimientos posteriores parecen confirmar esta hipótesis.

cimiento completo del voto acumulativo, la entrega del poder electoral a las Municipalidades, i la absoluta independencia del poder local, eran las máximas, que pregonadas entre hombres irritados por el ostracismo i victimas eternas i perdurables de los abusos del poder, se hallaban admirablemente dispuestos a aceptar con entusiasmo toda idea de libertad i que no retrocedian por tanto ante la anarquía, en su guerra implacable i rencorosa con el despotismo. Las mas peligrosas utopias que el liberalismo introdujera en 1849 i pregonara en 1870, eran ya la suprema aspiracion de los que se decian aun los herederos de los pelucones.

Estos nuevos principios conservadores, por errados que se les considere, eran sinceros: provenian mas de un extravío de criterio que del cálculo i la mala fé. Así, el senador Irrarázaval i sus partidarios no se encontraron desde el principio mui dispuestos a apoyar una candidatura que tenia un origen viciado por los procedimientos que venian combatiendo desde 1874, i si por un momento pudo creerse que se plegarian a Sanfuentes, exijieron en cambio, no las ventajas positivas que les ofrecia Balmaceda en la próxima representacion nacional, sino la realizacion de los ideales políticos de su jefe; accion en que no se sabe qué admirar mas: la ceguera o la honradez (1).

Perdida toda esperanza de arreglo con un partido que llevaba a tales extremos la rijidez de sus principios, Balmaceda i su candidato se encontraron ais-

(1) Segun las declaraciones de Irrarázaval, Balmaceda ofrecia a los conservadores, en cambio de su concurso, la mitad del Senado i la mitad de la Cámara de Diputados.

lados i sin mas apoyo que el que les prestaba la reducida fraccion llamada de los liberales de gobierno, compuesta de los amigos del Presidente, de los agentes electorales i administrativos del ejecutivo en las provincias, i principalmente de la gran masa de los empleados públicos, pero que no tenia en el Congreso sino una representacion bastante exigua. Entre esta fraccion i el resto del pais iba a librarse la batalla definitiva,

Balmaceda no retrocedió ante la perspectiva de un rompimiento en tales condiciones; el antiguo reformista de 1870, era ya un conocido defensor del sistema despótico que combatiera durante una gran parte de su vida pública. Creía un deber sagrado mantener el principio de autoridad, ante la ola desbordante de los nuevos principios, ante la impotencia de los partidos disueltos. En este camino anunció que *llegaria hasta el fin*.

Por desgracia para él i para el pais, Balmaceda no contaba con los elementos indispensables no solo para asegurar el triunfo de la autoridad que tanto deseaba, sino tambien, lo que es aun peor, para poder garantizar la seriedad de su gobierno i la consolidacion del orden político. En lucha con la inmensa mayoria de los hombres de respetabilidad i de influencia, acompañado solo por la docilidad de los empleados i de los contratistas i por unos pocos amigos personales, era del todo imposible que con tales bases, i con tales elementos pudiera continuar i consolidar la obra de Portales i de Montt, ya casi en ruinas. El único fruto de su temeraria tentativa seria el anonadamiento definitivo de las instituciones que quiso defender, i el desbordamiento total de

la anarquía parlamentaria casi triunfante ya en los últimos años de su gobierno.

Tal fué el eterno destino de aquel desventurado estadista; acertar en los fines i errar en los medios; desear la unidad del liberalismo i acabar de despedazarlo; querer consolidar la autoridad i chocar con la antigua sociedad chilena, que tenia la tradicion del mando i que habia dado vigor a las viejas instituciones para arrojarse en brazos de una burocracia dócil pero débil, unida pero irresponsable.

Ademas el mejor de los bienes de que habia gozado el pais desde el advenimiento de los pelucones, esto es la continuidad del réjimen legal; sino en el fondo por lo ménos en las fórmulas, no se habia perdido todavia en el naufragio de las tradiciones de 1833, i tocó al desventurado i último heredero de la dominacion presidencial, profanar aquel santuario que habian respetado Portales i Montt en los mejores tiempos de su omnipotencia.

Chocar abiertamente con las clases dirigentes del pais, derribar sus venerables instituciones constitucionales, arrojarse en brazos de una minoría débil, oscura e irresponsable, no eran los medios para detener al antiguo réjimen al borde del abismo. El último i mas lamentable de los fracasos del presidente Balmaceda lo iba a enterrar para siempre.

En efecto, los círculos parlamentarios del liberalismo acabaron por coaligarse en contra de la candidatura oficial, i unidas sus fuerzas con los conservadores se presentaron en compacta mayoría i en lucha abierta contra las tendencias del Presidente de la República. El año de 1890 se pasó en medio de violentas agitaciones; suspendido en Junio el pago de las contribuciones por el Congreso, Balmaceda apa-

rentó ceder ante el trastorno del régimen legal, i nombró un Ministerio de coalicion en que tuvieron cabida todos los círculos liberales de oposicion i el partido conservador (Ministerio Prats-Tocornal).

Pero junto al gabinete parlamentario existia otro que era el único a que obedecian las autoridades provinciales, i que estaba compuesto de los amigos del Presidente. La situacion se hizo bien pronto insostenible i el Ministerio hubo de dimitir, siendo reemplazado por otro netamente presidencial. Al mismo tiempo Balmaceda cerró las sesiones legislativas ántes de que se iniciara la discusion de los presupuestos, colocándose así en la imposibilidad de continuar gobernando segun el régimen constitucional.

La agitacion fué inmensa en todo el pais i ya se hablaba abiertamente de revolucion; reunida la Comision Conservadora, sus miembros tomaron de su cuenta el mantener la efervescencia de los espíritus, llamando a sus deliberaciones a todos los miembros del Congreso; la catástrofe se veia venir; casi todos los antiguos elementos políticos la deseaban; era la liquidacion de la bancarrota política de los últimos años que se acercaba ya; iban a cosecharse los últimos frutos de la reforma prematura de las instituciones, i de la impotencia política i de la desunion incurable del partido liberal.

Concluido el régimen legal el 1.º de Enero de 1891, estalló al fin la revolucion, i entre inauditos dolores i torrentes de sangre, al estrépito de los cañones cayó herido de muerte nuestro antiguo régimen político junto con el desventurado estadista cuyos errores lamentables habian acabado de perderlo. No era solo una dictadura violenta de ocho meses, era una dictadura legal de sesenta años la que caia ensan-

grentada el 28 de Agosto de 1891 en los campos de la Placilla. Se cumplia el desquite de Lircai.

XIII

La Anarquia Parlamentaria

Dos fueron los mas inmediatos efectos de la Revolucion de 1891; la prescindencia del poder ejecutivo en las elecciones, i la consagracion del réjimen parlamentario como sistema de gobierno. El anodamiento del poder ejecutivo quedó consumado; se estableció la comuna autónoma confiándosele la jeneracion del poder electoral, i se estendió hasta sus últimos límites el voto acumulativo. Estas reformas, unidas a las ya efectuadas durante la dominacion liberal, cambiaban por entero el réjimen de gobierno establecido en 1833 i practicado con tanto éxito durante sesenta años.

De todas las innovaciones la mas capital era aquella que arrancaba al ejecutivo el poder electoral; sin ella, todas las demas hubieran sido ilusorias ya que ni el réjimen parlamentario, ni la independendencia comunal, ni el voto acumulativo, ni las incompatibilidades podian producir sus resultados prácticos, mientras fuera el Presidente de la República quien nombrara el Congreso i las Municipalidades; sin la libertad electoral el antiguo réjimen hubiera subsistido en el fondo, como antes de 1891, apesar de todas las reformas.

Cinco eran los partidos políticos que se dividian a opinion pública al terminar la revolucion de 1891;

los conservadores, los nacionales, los liberales, los radicales i los balmacedistas.

Hemos bosquejado anteriormente las tendencias del partido conservador, tendencias que habian triunfado en parte con la revolucion i que ningun punto de contacto tenian con las antiguas tradiciones peluconas. Por otra parte, no he podido averiguar por qué razones se ha convenido en considerar dichas tendencias antagónicas a los de los otros cuatro partidos, llamados jenéricamente *liberales*, i que en realidad no tienen tendencia alguna que les pueda agrupar.

Los nacionales, herederos mas o ménos jenuinos de las antiguas tradiciones autoritarias, se hallaban imposibilitados por su debilidad relativa para ejercer su influencia en una forma eficaz ante el desbordamiento de la anarquía. Por otra parte, en virtud de la ignorancia i falta de preparacion política de las masas, un partido que no está fundado en cuestiones teológicas, en el odio a la sotana o en el sentimiento relijioso, es considerado como *partido sin ideas*, i carece de medios para granjearse una popularidad fácil.

Los *liberales*, propiamente tales, no constituyen lo que se llama de ordinario un partido. Sin direccion, sin disciplina, sin programa, sin ideas, sin unidad siquiera, las personalidades que se llaman liberales son simplemente aquellas que no forman parte de ninguno de los otros partidos; el liberalismo, es pues hoi dia una entidad negativa.

Difícilmente pudiera enunciarse una cuestion en que estén de acuerdo todos los liberales, salvo acaso el mantenimiento de las leyes civiles, que algunos de ellos combatieron. No son por cierto los liberales

de hoy herederos de los principios reformistas de 1849 i 1870 que la mayoría de ellos repudia hoy día. Así se han quedado sin mas bandera que un trapo teológico a quien muchos hacen ascos cuando no es el tiempo de las elecciones, i que, sin oportunidad en el terreno del presente, no puede servirles de sólido vínculo de union. El liberalismo de centro se divide continuamente en diferentes círculos, de ordinario efimeros. El mas durable de éstos, aunque no el mas numeroso, es el de los llamados doctrinarios, que se deriva de los antiguos independientes o sueltos de 1886. Forma un grupo reducido pero compacto alrededor de las personalidades de los hermanos Matte (1), i se distingue por un avanzado liberalismo teológico que le acerca a los radicales.

Este último partido, a cuya fundacion hemos asistido en los primeros tiempos del fusionismo, se distinguió hasta la revolucion de 1891, por su sincera adhesion a los antiguos principios liberales de 1849 i 1870, i por cierta honrada rijidez que le sabia imprimir su ilustre jefe el señor don Manuel A. Matta; esta última causa produjo el alejamiento del poder del radicalismo durante las administraciones de Santa Maria i Balmaceda. Despues de la revolucion, aumentadas sus fuerzas parlamentarias en virtud de la libertad electoral, i de la creciente desunion e impotencia del liberalismo, el partido radical ha olvidado por completo su antigua bandera i se compone solo de los enemigos exaltados del clero, de los libre-pensadores que creen poder hacer de sus opiniones religiosas una escuela política, i de una gran parte de la

(1) Don Eduardo Matte, el mas activo jefe del partido doctrinario, ha muerto recientemente.

juventud de la clase media, que reúne a estos odios religiosos, cierto grado de animadversión contra las clases ricas i consideradas. Esta tendencia socialista, hábilmente comprimida hasta hoy por el eminente estadista don Enrique Mac-Iver, domina mas i mas, sin embargo, en la masa del partido radical i constituye un serio peligro para el porvenir.

Los balmacedistas, o sean los amigos de Balmaceda caídos con él en 1891, no constituían un grupo de ideas definidas antes de su desgracia; había entre ellos conservadores i radicales. Lo que forma la característica del balmacedismo es su composición social, pues en virtud de una ley muy lógica está formado casi del todo por los empleados públicos destituidos por la revolución. Afecta sostener el antiguo régimen presidencial, pero en los hechos no profesa ni practica otro principio que la defensa de los caídos de 1891 contra los ataques de la indigencia; a este fin consagra sus fuerzas parlamentarias i la influencia que con ellas alcanza.

Además de estos partidos, se ha ido formando en los últimos años a merced de la libertad electoral i del sufragio universal, una agrupación obrera, llamada partido demócrata, que pretende que el país debe ser gobernado por las clases inferiores de la sociedad a despecho de la escasa cultura moral e intelectual que ordinariamente alcanzan. Esta agrupación, apenas nacida i cuando aun solo tiene uno que otro representante en el parlamento i en las municipalidades, ha comenzado ya a mostrar los frutos de sus extraordinarios principios, que no son sino la consecuencia lógica de los que pregonó el liberalismo durante mas de treinta años, cuando quería derribar la dominación de los pelucones.

Tales eran los partidos encargados de practicar el nuevo réjimen parlamentario, consagrado por el triunfo de la revolucion. En las elecciones de Octubre de 1891, ellos alcanzaron la siguiente representacion, en la Cámara de Diputados:

Conservadores	39
Nacionales.....	9
Liberales.....	26
Radicales	20
	—
Total	94

Los balmacedistas anonadados por su derrota no hicieron trabajos electorales ni obtuvieron representacion.

De comun acuerdo se elijió Presidente de la República al almirante don Jorje Montt que se habia distinguido por su prudencia i su criterio como jefe de la Revolucion. El nuevo mandatario, estraño por completo a la política, no llevaba al poder otro propósito que el de realizar en el gobierno con entera sinceridad el sistema parlamentario: iba simplemente a ser lo que es el rei en Inglaterra; una representacion casi ideolójica del Poder Ejecutivo.

De acuerdo con ello formó un ministerio que representaba los grupos en que estaba dividido el Parlamento, en proporcion a sus fuerzas respectivas; dos conservadores, un liberal, un nacional i dos radicales, (Diciembre de 1891). Este camino se imponia al dia siguiente de la lucha civil cuando era necesaria la concordia de todos los partidos para curar las heridas causadas por la revolucion.

Los radicales i una parte considerable de los libe-

rales no lo pensaron así, i creyeron mas oportuno complicar un poco la situacion, que, sin embargo, no era del todo sencilla, en nombre de los llamados principios liberales. No se crea que lo que estos políticos se proponian era realizar grandes i fecundas reformas tanto o mas hábiles que las que ya habian realizado; no era tan grande su ambicion; se trataba pura i simplemente de dividir un poco los ánimos, en vista de la concordia que habia producido entre todos los chilenos la revolucion; sobre todo, el concurso de tanta jente embarazaba un poco la tarea de reconstituir al pais, i se imponia que hubiera una oposicion poderosa en el Parlamento, acaso para evitar toda causa de perturbacion.

Fueron, pues, arrojados del poder los conservadores (Marzo de 1892), en virtud de un acuerdo de partido i en receso del Congreso; pero, al abrirse las Cámaras (Junio de 1892), el ministerio netamente liberal del señor don Eduardo Matte que se habia formado en virtud de la liquidacion de Marzo, recibió, un voto de censura i se vió obligado a dimitir.

Pero el ministerio de concordia que se sucedió fué impotente para restablecer la confianza i los vencedores continuaron dando el espectáculo de estériles divisiones. Una nueva cuestion de palpitante actualidad vino a complicar aun mas el problema político. En víspera de la guerra del Pacífico (1878), las dificultades económicas que perturbaron la administracion de don Aníbal Pinto, obligaron al gobierno a declarar el curso forzoso del papel-moneda, en vista de la imposibilidad en que se encontraba el Fisco i los mismos particulares de llenar cumplidamente sus obligaciones.

Las riquezas conquistadas por el pais en la guerra

del Pacífico, no se emplearon desgraciadamente en la primera i sagrada obligacion de devolver al pais su circulante normal. El desarreglado órden político de que ya padecia la nacion, i las necesidades crecientes de un fiscalismo que pretendia fortalecer el gobierno con el apoyo de los empleados i de los contratistas, ya que las divisiones de la antigua clase política la hacian mas i mas impotente, fueron causa suficiente para que un réjimen económico, establecido en vista de circunstancias accidentales se prolongara mas allá de todo término razonable. El tipo monetario que fluctuó entre 45 i 48 peniques ántes del gobierno de Errázuriz, llegó a valer 32 peniques en 1878, i solo 22 en tiempo de Santa Maria. No parece sino que el cambio fuera marcando la paulatina descomposicion de nuestro réjimen político, i ni los triunfos de la guerra del Perú bastaron para detener su continuo descenso. Las agitaciones de 1890, la revolucion de 1891, i las fútiles divisiones producidas en aras de un doctrinarismo ciego cuando aun no se secaba la sangre en los campos de batalla, llevaron el cambio a 19 peniques en los primeros meses de 1892.

Este estado de cosas que privaba al comercio i a la industria de toda base fija para sus operaciones, comenzó a preocupar mui luego a los hombres de gobierno, i de allí nació la idea de la conversion metálica del billete, idea que luego se tradujo en una lei de la República; segun dicha lei se establecia el monometalismo, se fijaba el valor del peso en 24 peniques oro i se señalaban tres años de plazo para efectuar la conversion.

Esta lei no restableció la confianza porque las continuas fluctuaciones del gobierno i de los partidos

no podían inspirarla; el comercio temía a cada momento ver derogada la conversión ante la grito de los intereses de un círculo, o al estruendo de cualquiera cuestión de añeja bandería. Por otra parte, los deudores que habían contado con pagar sus deudas con un papel depreciado, i que veían reducirse el inmoderado crédito de que habían gozado bajo el régimen de papel moneda, se organizaron en activa resistencia contra el circulante metálico; en este caso se encontraba una buena parte de los agricultores del país.

Los partidos medio disueltos ya, por falta de verdaderos ideales prácticos en el terreno de la actualidad, se vieron mas i mas trabajados todavía por esta nueva causa de perturbación. El liberalismo que era ya el peor organizado fué el que mas sufrió; los radicales eran en gran mayoría *oreros* o partidarios del oro; igual cosa acontecía con los nacionales; el partido conservador guardaba aun suficiente disciplina para no dividirse por esta causa que parecía accidental, en tanto que los balmacedistas, enemigos implacables de todo lo obrado por los vencedores, se pronunciaron en masa por el papel-moneda.

Así pues, cuando apenas había trascurrido un año desde el triunfo de la revolución, reinaba ya en los partidos un desorden vecino al desquiciamiento, que hizo indispensable un régimen mas o ménos velado de coalición con los conservadores que subsistió hasta las elecciones de Marzo de 1894 (1).

Entre tanto los vencidos en la contienda política, envalentonados con la confusión que reinaba entre sus émulos, i con el descontento creciente del país,

(1) Ministerio Barros Luco i Montt-Blanco Viel.

sabian aprovecharse habilmente de circunstancias tan lamentables. Mientras un grupo de conspiradores oscuros instigados por el hambre, hacia una insensata tentativa de rebelion contra el nuevo orden de cosas, los jefes del partido, encabezados por don Enrique Salvador Sanfuentes trataban de ganar por los medios legales, una representacion parlamentaria que les permitiera actuar como una nueva entidad politica, dentro del gobierno.

Las elecciones de 1894 se realizaron así con una conceccion honrosa i con entera libertad electoral; los balmacedistas aliados con el partido radical descontento con el réjimen coalicionista alcanzaron 26 asientos, los conservadores 29, los radicales 15, los nacionales 5 i los liberales 21. El Ministerio nacional-conservador estaba derrotado.

Habia que contar en adelante con el liberalismo democrático para constituir un gobierno liberal, i con los conservadores para mantener el gobierno constitucional. El radicalismo preferia lo primero i los nacionales lo segundo.

Pero en adelante ya no habria banderas, fuera del aparato de las luchas electorales, o de los discursos parlamentarios de ocasion, la anarquía se establecia ahora bien de veras.

Para que el sistema parlamentario hubiera tenido éxito se requerian muchas condiciones que desgraciadamente no se realizaban en Chile.

En primer lugar el gobierno del Congreso es el gobierno de los partidos, i estas entidades politicas no existían en Chile sino en la forma de antipatías o de recuerdos, sin aplicacion a las necesidades actuales de la República, i teniendo todo lo mas como programa una manera mas o ménos hostil, mas o

ménos benévola, con que considerar el elemento eclesiástico. Con estas doctrinas, excelentes si se quiere para despertar las pasiones de un pueblo ignorante, ni se organizan partidos serios, ni se da cohesión a ningún gobierno. I en realidad, despues de tan varias evoluciones a eso estaba reducido el partido liberal en sus abigarrados e incoherentes matices. Desde la organizacion de los poderes públicos hasta el réjimen económico, desde el individualismo hasta el colectivismo, desde la aristocracia a la democracia, todos los criterios, todos los principios, aun los mas contradictorios son sostenidos por los liberales. El partido no tiene opinion en nada de eso.

I sin embargo hai en Chile quien habla de una tradicion liberal, como si existiera alguna, pero estamos bien cierto de que si cualquiera de los que se dicen herederos de las doctrinas de Pinto, de Bilbao, de Lastarria o de Errázuriz, se pusiera a considerar un momento lo que para desgracia del pais idearon aquellos ilustres pero mal aconsejados estadistas, casi no habria ninguno que no rechazara con horror semejante parentesco. Ellos debilitaron el principio de autoridad; ellos dividieron por dogmatismos de dudosa utilidad a las clases responsables del pais; ellos fueron los padres del parlamentarismo i los abuelos lejitimos de la anarquía.

Si lo que como liberalismo se alaba es la revolucion moral producida en las creencias, por los pensadores libres, no podrá ménos de chocar a todo espíritu culto la lamentable confusion que se hace de una vieja i fracasada escuela política, con las ideas relijiosas de los ciudadanos. En cuanto a las reformas teolójicas introducidas en las leyes, por benéficas que se las considere, han sido pagadas a un pre-

cio bien caro, produciendo mas males que bienes, no por lo que son en sí, sino porque, convertidas en único criterio de gobierno para todo un gran partido, han perturbado i dividido sin razon a los hombres de bien, haciendo preterir i olvidar, en nombre de cuestiones bizantinas, los santos i verdaderos intereses del pais, las necesidades palpitantes de la nacion, que dividida, anarquizada i sin rumbos, parece hoy un bajel sin velas ni timon.

I entre las ruinas de todas nuestras serias tradiciones de gobierno, de nuestra vieja moralidad política, del orden mismo, en visperas de la disolucion total, hai apóstoles i tribunos que nos hablan de decorar con sus dogmatismos aquellos escombros, en vez de trabajar seriamente en reconstituir lo que yace derribado, que se empeñan, bajo pretestos doctrinarios, en inventar dogmas que dividen a los buenos, en los precisos momentos en que el concurso de toda la intelijencia, de toda la honradez que hai en Chile, apénas parece suficiente para poner un dique a la corrupcion i al desgobierno. Esos apóstoles i esos tribunos pertenecen sin duda a la vieja escuela de aquellos políticos «que andan a caza de » novedades en los libros para ostentarlas en disertaciones i proyectos o en inoportunas leyes; que » ponderan sus obras mas por su número que por » su calidad; que se apresuran a ofrecer lo que no » se necesita i no aciertan a dar lo que todo el mundo ha menester; i que acaban por abonar a la cuenta de su patriotismo i de sus méritos, sus fatigosos » devaneos, sus doctrinas inaplicables, sus novedades » añejas, sus ensueños i sus buenas intenciones»(1)

(1) R. Sotomayor Valdes—El ministro Portales.

Tal es el triste espectáculo que dan a la República hombres bien intencionados, pero que carecen de un conocimiento exacto de los verdaderos males del país, o que los olvidan ofuscados por el eco que se pierde ya de caducas divisiones. De seguro que no harán un partido liberal con aquellos fragmentos de rotos recuerdos; de seguro que su impotencia de hoy i de ayer será su impotencia de mañana. No poseen, como aparentan creer, aquel talisman precioso, con que acallaran las ambiciones individuales i los intereses de círculo; ese talisman es una palabra vacía, una bandera apolillada, buena todo lo mas para un éxito de choclón o un editorial de periódico de guerrilla, pero no para ligar intereses humanos ni para dar fuerza i cohesión a un gobierno. I si no ¿quieren todavía mas esperiencia?

No es mas apto el partido conservador tal como hoy está constituido para poner término al caos político, porque le falta la fuerza, primera condición del éxito, porque su bandera clerical de hoy le ha hecho impopular aun para los mejores católicos i los *conservadores* mas puros, porque lo que el país necesita no es resolver cuestiones religiosas sino reconstituirse políticamente, porque su credo i su doctrina no responden a las aspiraciones ni a las necesidades nacionales, como en otro tiempo respondieran, sino a sentimientos individuales mas o ménos fuertes ante la conciencia, pero impotentes para la política, para el buen gobierno.

Mientras no se busquen otros medios, que los ya gastados e inservibles, ensayados en los últimos años, el sistema parlamentario i el gobierno, continuarán siendo presa de intereses mezquinos, i de efímeras e infecundas dominaciones. Las mayorías no podrán

disciplinarse, ni hacer siquiera lo que se llama un gobierno, i las minorías, seguirán esperándolo todo de pequeñas intrigas i no de las sanciones de la opinion.

Si por una parte los partidos llevan una vida raquítica, si carecen de programas nacionales, de propósitos serios, i vínculos sólidos de union, i si por la otra el réjimen parlamentario se ha implantado con todas las instituciones que puedan falsearlo i corromperlo; el voto acumulativo que despedaza i fracciona las mayorías, la comuna autónoma que disminuye la fuerza i la eficacia de la accion del gobierno hasta sus últimos limites, el sufragio universal que entrega a las masas venales los destinos de la nacion; si las leyes velan, amparan i consagran el fraude i las intrigas, en fuerza de pretender amparar a las minorías ¿Puede álguien esperar que un trastorno tal de los principios constitucionales que dieron seriedad i prestigio al Gobierno de Chile, no dé sus resultados inevitables?

Las cándidas ilusiones del liberalismo de 1849, del reformismo de 1870, i del conservantismo-liberal de 1890 i 1891, han sido ensayadas, i del éxito alcanzado nadie puede sentirse orgulloso. La destruccion de la grande obra de los pelucones, coloca al venerable i antiguo partido conservador en un pedestal mas alto, que aquel a que le elevaron sus viejos i ya pasados éxitos. Tal es la lei de los contrastes. I cuando en lo futuro el extremo de los males que sufra la República traiga el remedio, cuando pase esta lamentable crisis, no será levantando la caduca bandera de los autores del fracaso, sino siguiendo las perdidas huellas de los fundadores de nuestra

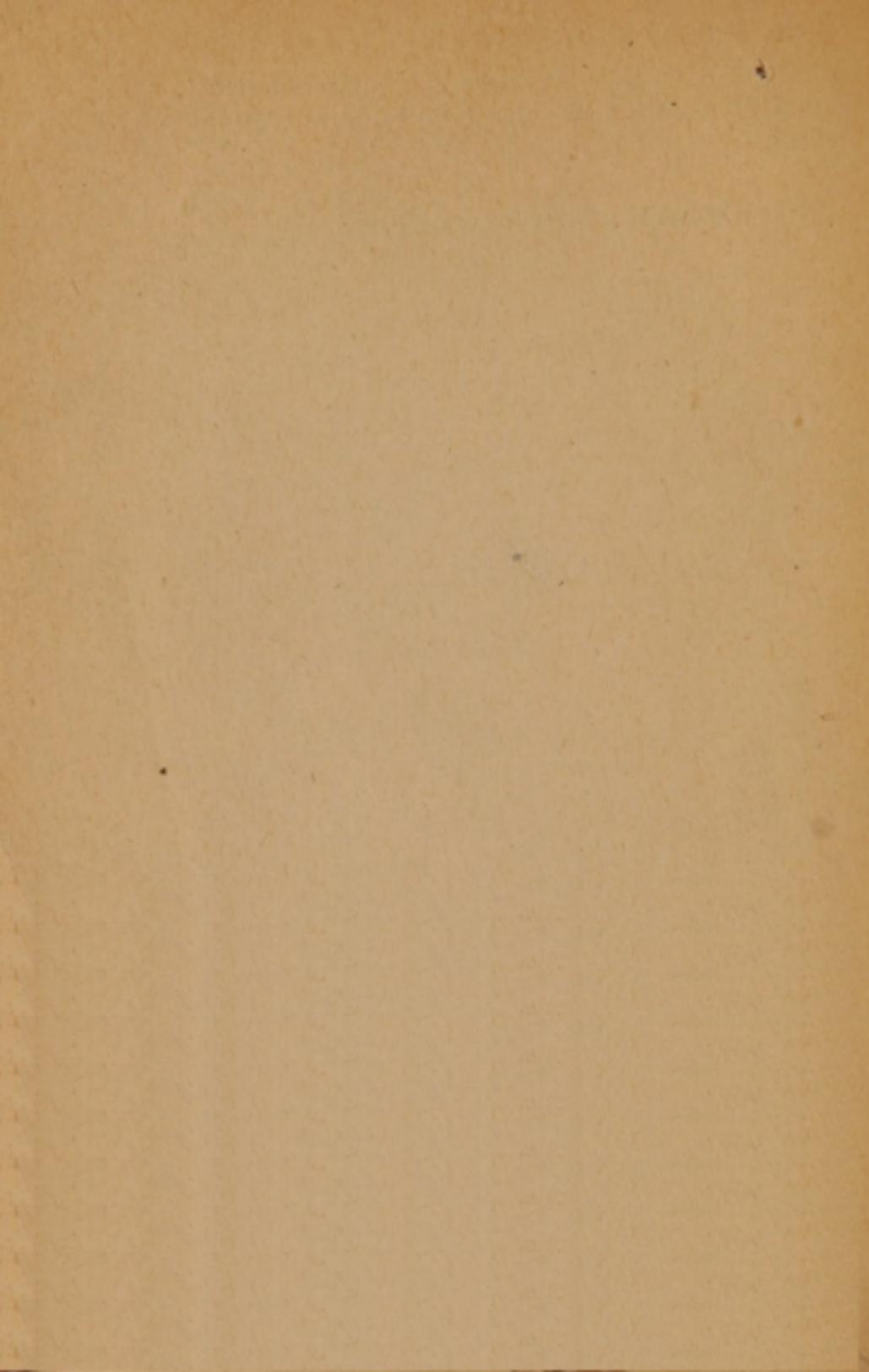
Epact

de Acuña

prosperidad, como se realizará la organización definitiva de nuestros partidos i de nuestras instituciones.

Malga-Malga, 20 de Febrero de 1903.





INDICE

	Páj.
I Los Programas i los Partidos.....	7
II Los elementos políticos de Chile en la época de la Independencia.....	11
III Era de los Pipiolos	15
IV Revolucion de 1830.—Portales i los Pelucones	22
V Dominacion de los Pelucones.....	29
VI El nuevo partido liberal. — Don Manuel Montt.....	33
VII Gobierno de Montt.—Escicion del Partido Conservador.....	44
VIII El Monttvarismo i la Fusion.....	50
IX Abdicacion del Monttvarismo.—Presidencia de Pérez.—El Reformismo.....	58
X Triunfo del Liberalismo.—Ruptura de la Fusion.....	68
XI Dominacion de los Liberales.....	74
XII Santa Maria i Balmaceda.—Revolucion de 1891.....	83
XIII La Anarquía Parlamentaria.....	102

Nº R. = 140.233

"LRV"

F-36

(E)